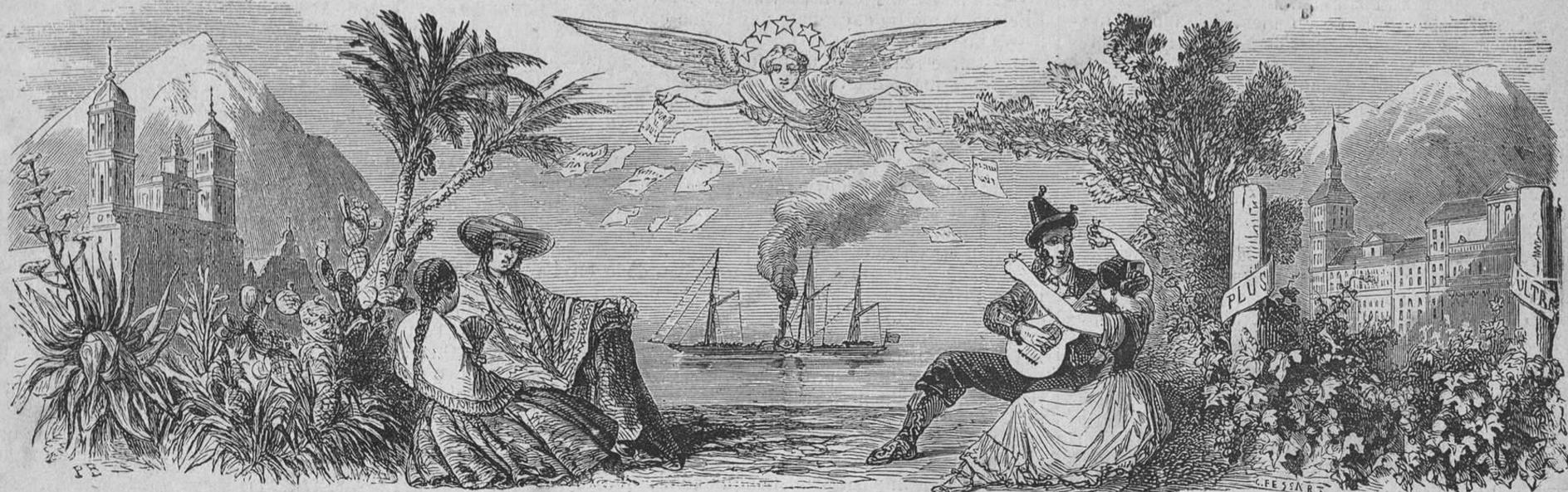


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1867. — Tomo XXX.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administracion general, passage Saulnier, número 4, en París.

AÑO 26. — N° 767.

SUMARIO.

Revista española. — Arras: SS. MM. el emperador y la emperatriz son saludados por todas las diputaciones del departamento; grabado. — Las fiestas de Lila; grabados. — Revista de París. — Poesías. — Baile dado en la alcaldía de Lila en honor de SS. MM. el emperador y la emperatriz; grabado. — La Maladeta junto á Venasque. — Revista de la moda. — Oliverio, novela escrita en inglés por Carlos Dickens. — Viaje de SS. MM. á Dunkerque; grabados. — M. Grigny, arquitecto francés; grabado. — El doctor Velpeau; grabado.

Revista española.

SUMARIO. — Estamos solos. — Indiferencia del calor. — Liquidaciones. — El carnaval del egoísmo. — Los cafés-teatros. — Las mamás. — Misterios. — El público. — Un solteron y sus criados. — Una desgracia y una fortuna. — Inconvenientes de la reunion de sesenta jóvenes buenas y bonitas en el teatro de la Zarzuela. — Los viajes. — Uno á la inglesa. — Poesía y prosa.

Los revisteros, cometiendo una figura retórica, al dar cuenta de los saraos, dicen al dia siguiente que en él estaba *todo Madrid*.

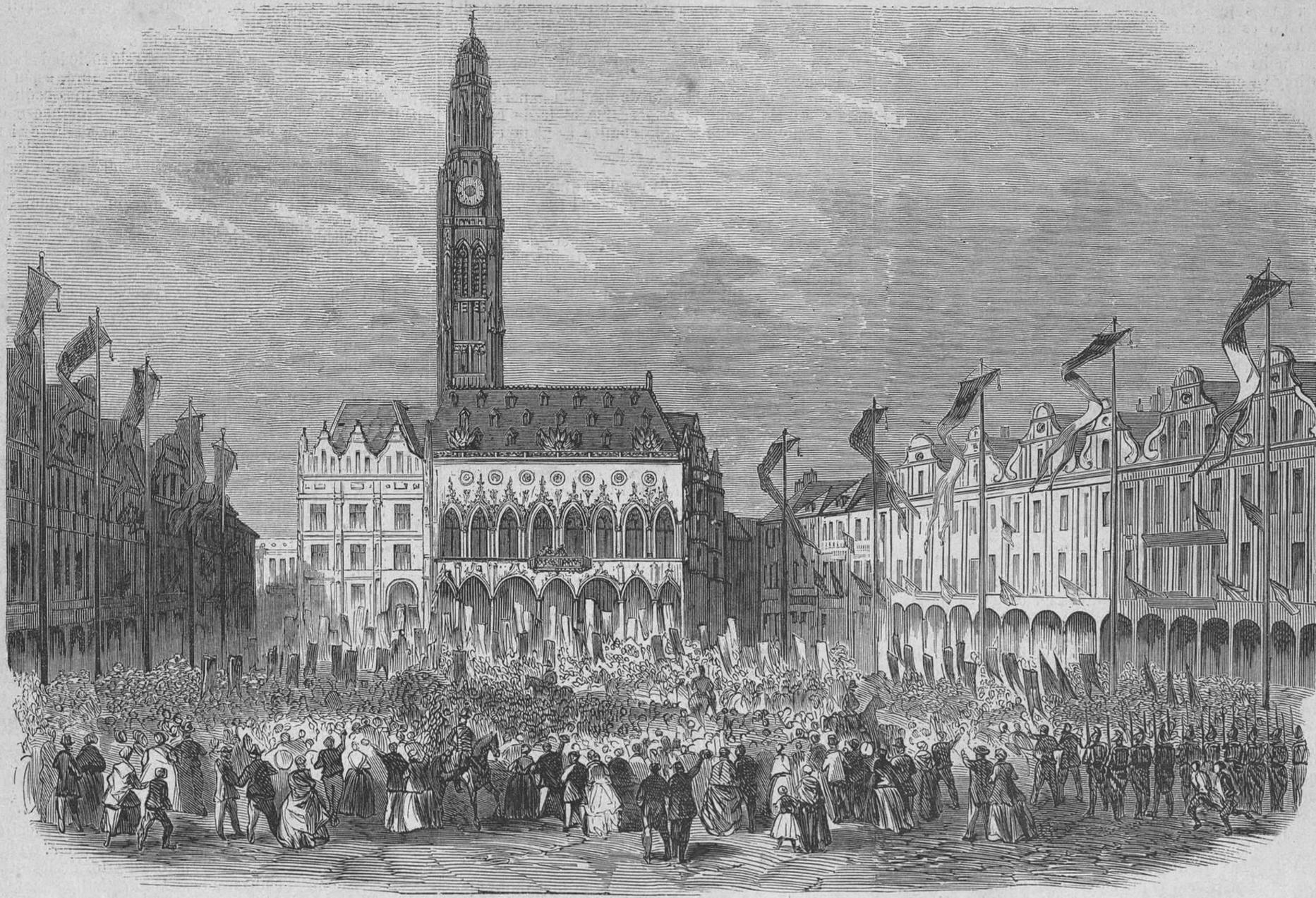
Ahora bien, este Madrid es el que no se halla actualmente en la córte.

Los escasos y heróicos representantes que nos habia dejado se han marchado á la Granja, donde se han celebrado espléndidos festejos en honor de los reyes de Portugal. Por no quedar, ni aun el calor se ha dignado continuar molestándonos.

— Los que aun continúan en Madrid, se habrá dicho, son unos pobretones, y no merecen que uno se tome el trabajo de liquidarlos.

Esto no es un gran mal, porque la verdad es que estamos en la época de las liquidaciones.

Y si no, ¿qué significan las flotantes muestras de per-



ARRAS. — Sus Majestades el emperador y la emperatriz en el balcon de las casas consistoriales, saludados por todas las diputaciones del departamento.

cal que hay en la mayor parte de las tiendas de las principales calles de Madrid? *Gran baratura por causa de liquidacion positiva; La pura verdad; Rebaja de 50 por 100; Ganga asombrosa; Venta de restos de liquidaciones.* Estos y otros letreros sorprenden al pacífico transeunte, y la verdad es que no le dan la idea mas ventajosa de la situacion del comercio. Con este motivo hay en los madrileños una marcada tendencia á hacer un corte de cuentas con sus acreedores.

Lo que es ejemplos no faltan. Una persona bastante conocida se fué hace mas de un mes, dejando en muchos industriales y comerciantes de Madrid vivísimos recuerdos.

Partidario de la deuda flotante, dejó en el aire á sus acreedores, y muchos de ellos se echaron, como suele decirse, sobre un coche que tenia el individuo; pero era un coche de dos asientos, y para contentar á sus amigos necesitaba todos los omnibus que van desde la Puerta del Sol á los Campos Eliseos.

Uno de sus *ingleses* era un francés; la deuda habia sido contraída en Francia, y creyendo mas oportuno que montar en el coche enviar los pagarés á Paris, así lo hizo, encargando á su agente que si no los cobraba, metiese al prójimo en Clichy.

Pero ¡oh fortuna, y oh desgracia! El mismo día que llegaron á Paris los pagarés, quedó abolida la prision por deudas.

Esto me recuerda que al salir á la calle en libertad los detenidos en Clichy, preguntó á uno de ellos el conserje:

— Y ahora ¿qué va Vd. á hacer?

— ¿Qué he de hacer? deudas.

— ¡Pero hombre!...

— Nada... nada... yo soy la constancia en persona; no me gusta variar de profesion.

A propósito de deudas.

Estamos atravesando un período que podria llamarse el de la *hipocresia de la pobreza*.

A cada instante se oyen conversaciones como estas:

— Tengo necesidad de dinero; ¿me puede Vd. devolver aquel piquillo que le presté?

— Hombre, lo siento mucho... pero, como *las cosas están así...* no se ve un duro, ni se encuentra trabajo... en cuanto mejoren los tiempos...

— Señor, señor, dice un lacayo... ahí está el sastre con la factura.

— Dile que cuando mejoren las *circunstancias* le pagará.

Y el sastre dice que todo está paralizado, y el banquero añade que no se hace nada, y el comerciante cuenta que pronto se irá á San Bernardino.

A fuerza de oír tantas lástimas he llegado á creer que el ayuno engorda, y que la gente se mortifica llenando los cafés, las horchaterías, el teatro de verano, los Campos Eliseos y los wagones de los ferro-carriles; de lo contrario no comprendo el *buen año* en que están los que se quejan de abstinencia, ni el movimiento y la alegría de los que dicen que todo está paralizado.

Esto no es ni mas ni menos que el carnaval del egoísmo.

En prueba de que la gente se divierte, oigan ustedes.

No hay ya en España quien no sepa que hay en Paris *cafés chantants*: hace dos ó tres años averiguó este preciosísimo dato un cafetero madrileño y se propuso verter al castellano la institucion. Pero como en España traducimos bastante mal, por temor de incurrir en algun galicismo ó acaso por un exceso de conciencia, no quiso el cafetero traducir al pié de la letra, é hizo lo que hoy se llama un arreglo de buena fe.

En los teatros de los cafés de Paris se representan escenas sueltas, diálogos y monólogos escritos *ad hoc*: se cantan duos, arias, cuartetos compuestos expresamente para los artistas de los cafés, ó tomados como los diálogos y los monólogos de obras acreditadas.

Aquí empezó el *café chantant* con piezas de zarzuelas y tangos que los parroquianos-espectadores acompañaban dando golpes en el suelo con el baston ó en el vaso con la cucharilla.

Tanto entusiasmo debia concluir de una manera trágica; pero al desaparecer el *café cantante*, como se llamó al que habia en Capellanes, fueron naciendo aquí y allá, primero en los barrios apartados y luego hasta en los del centro, una porcion de *cafés-teatros*, los cuales dominados por el espíritu de hipocresia que caracteriza nuestra época, aspiraron á servir de honesto recreo, de amena distraccion á los que antes se pasaban las horas muertas al lado de una taza de café arreglando la *cosa pública*, ó murmurando del prójimo.

Esta fué su aparente intencion, pero en el fondo abrigan un pensamiento mucho mas atrevido: el de sustituir al teatro de verdad y monopolizar el arte.

— ¡Qué diablo! se dijeron los dueños de los cafés, los españoles necesitan despues de haber estado holgando todo el día, pasar la noche divertidos; el teatro y el café son sus dos afecciones; pero si van al teatro no pueden disfrutar del café y viceversa. Hagamos algo que por poco dinero satisfaga su amor al arte y su amor á ese brevaje que les propinamos con el pretencioso nombre de café.

Y de su meditacion abortó el espectáculo hermafrodita que hoy se halla en todo su apogeo.

Los cafeteros se convirtieron en empresarios.

— Necesitamos actores, se dijeron; busquémoslos en el Conservatorio. Y como á este establecimiento de educacion artistica asisten muchos jóvenes, que segun la gráfica expresion de un profesor, van á *engañar el hambre* con el solfeo ó la declamacion, como antes de la *sed* de gloria tienen que satisfacer un *apetito* mas prosaico,

los cafeteros encontraron en seguida primeras damas y primeros galanes para declamar, cantar y bailar por la modesta cantidad de 12 ó 14 reales diarios, café ó refresco á primera hora, y cena al acabarse la funcion, para ellos y sus papás.

En los alrededores del Conservatorio se oian por entonces diálogos como estos:

— Hoy no entro en clase.

— ¿Por qué?

— Me ha mandado á llamar un empresario... digo, un cafetero, y me ha encargado que forme compañía.

— ¿Cuánto te da?

— Catorce reales, cena y un cigarro de cinco cuartos.

— No es mal ajuste.

— Pero estoy muy ocupado; no sé de quién echar mano; todos los chicos de porvenir están ya contratados.

— Lo que es la carrera se va poniendo brillantísima.

— Sí por cierto; antes teníamos que pasar dos ó tres años en el Conservatorio; ahora en seguida encuentra uno un teatro.

— Y una contrata, que es lo principal.

— No le postergan á uno los que han dado en llamarse primeros actores.

— Y se forma un público...

— Voy... voy sin pérdida de tiempo á formar compañía: una dama con 15 reales y cena para ella y su mamá; una segunda con 12; un gracioso con dos pesetas; un barba con 10 reales.

— ¿Y qué vais á representar?

— Piezas, nada mas que piezas.

— Es el género que mas gusta.

— Y el mas importante... Conque adios, que voy de prisa.

— ¡Ah! se me olvidaba... ¿tú tienes frac?

— Malo está el pobre, ya no le queda pelo.

— Eso no importa... me lo prestarás.

— Ahora lo tiene el director de escena del café de la Carrera de San Francisco.

— Pues yo cuento con él para mañana.

— ¡Adios, adios!

En el salon donde las madres esperan á que sus hijas salgan de las clases se oyen conversaciones no menos pintorescas.

— Esto de los cafés-teatros es una bendicion: ahí tiene Vd. á mi hija que hace dos meses, nada mas que dos meses, que viene al Conservatorio, y ya la tengo contratada en el *Café de Diana*.

— ¡Qué suerte!

— Sí, señora, tuvimos una buena idea al dedicarla al teatro. Ya se ve, su padre y yo somos prenderos y nos ha costado mucho trabajo salir adelante. Iba á casa un señor muy raro; la chica, que es el mismísimo diablo, le hacia burla, imitaba su voz, y las vecinas se reian que era un gusto. «Esa muchacha será una buena cómica», decian. Su padre y yo nos decidimos á dedicarla al teatro, y ahí la tiene Vd. ya hecha una mujer. El día menos pensado, ó se enamora de ella un parroquiano del café, ó va un empresario por casualidad y la hace una escritura como quiera... Por de pronto ya me gana algo... Yo quiero que me digan en qué carrera sucede esto.

— Lo que yo digo: cosiendo de modista ganaria una peseta y estaria expuesta á perderse al ir de casa al obrador, mientras que siendo cómica se gana en una noche 14 reales.

— Y la cena.

— Ya se ve, y que es ese un renglon muy importante, porque así despues de comer se apaga el fuego, se ahorra carbon y se quita una cuidados.

— Y luego el entusiasmo de los espectadores. Mire usted, anoche mismo fué al café una familia y les gustó tanto la muchacha, que la mandaron llamar y la sentaron á su mesa y el caballero le ofreció hacerle gratis unas botinas de charol, porque era un zapatero.

— Digo, pues eso es como darle 60 reales: lo que yo siento es que mi hija solo tiene catorce años.

— Quince tiene la mia, pero la he vestido de largo.

— Es que la mia es muy inocente.

— ¡Bah! lo que es por eso yo no tendria cuidado. En el teatro se *despabilan* que es un contento. Gracias á los cafés-teatros, encuentran los alumnos pobres y otras muchas personas un medio de ganarse la vida.

Pero yo no sé hasta qué punto es esta clase de espectáculos una especie de *oidium* del Conservatorio.

Por lo menos destruye en flor sus mejores frutos.

De todos modos ya tenemos formada la compañía, ya sabemos sobre poco mas ó menos quiénes son los actores y los honorarios que disfrutan.

Asistamos ahora á las representaciones.

Hay dos clases de cafés-teatros. En los unos está el escenario colocado de modo que todos los parroquianos puedan ver la funcion desde sus asientos é ir pasando las comedias á tragos.

En los otros el teatro es independiente del café y los parroquianos adquieren el derecho de entrar á ver un acto por cada taza de café ó vaso de leche amerengada que consumen.

Los primeros son los mas populares, los mas favorecidos del público.

Entre los espectadores los hay apasionados é indiferentes.

Los primeros no faltan una sola noche, y aunque en sus conversaciones particulares claman contra los privilegios, encargan al mozo que los sirva que les guarde la mesa mas próxima al proscenio.

Los segundos se sientan donde pueden y van, mas que por otra cosa, por matar el tiempo.

En honor de la verdad, estos deberian pagar doble, porque asisten á dos espectáculos: el de las comedias que se representan y el de los apasionados que aplauden ó silban, y discuten el mérito de los artistas con tanto calor que á veces concluyen sus discusiones á bofetada limpia.

Un día me encontré en la calle á un mozo de café conocido mio.

— Señorito, me dijo, dispéñeme Vd. que le detenga, voy á pedirle un favor.

— ¿En qué puedo servirle?

— Ha de saber Vd. que he puesto un café... con mis ahorros.

— Sea enhorabuena.

— Y como ahora es preciso para llamar gente tener teatro, he mandado hacer uno, y se representan en él zarzuelas y comedias.

— ¿De modo que es Vd. empresario?

— Sí, señor. y quisiera que Vd. que anda en periódicos, hablase algo... Tengo una chica que es una Ristori en pequeño y ha vuelto locos á todos los parroquianos. Además toca las castañuelas con mucho primor, y todas las noches, despues de hacer un drama ó una tragedia, empieza el público á gritar: ¡Las castañuelas, las castañuelas! ¡Y produce un entusiasmo!

— ¿De modo que Vd. quiere?...

— Que sepa todo el mundo que asiste á mi café un público escogido... Vaya Vd. y lo verá.

Fuí por la noche, y apenas me vió entrar, acudió á saludarme, llevándome á un sitio preferente.

— Esta noche, me dijo, tenemos aquí al autor de una de las comedias que se representan; así es que los actores están muy conmovidos.

No necesito decir á Vds. que con un par de decoraciones y en el espacio de cuatro ó cinco varas en cuadro, interpretaron aquellos jóvenes, esperanzas del arte, dos ó tres zarzuelas en un acto y otras tantas comedias.

¡Pero qué aplausos, qué gritos de entusiasmo y de admiración!

— En las primeras mesas están los inteligentes, me dijo el Pipi, transformado en empresario. Aquel de la chaqueta con alamares, entiendo mucho, mucho. Es tratante en caballos, ha corrido mucho mundo y no ha perdido una sola funcion de las que dió Dardalla en el Instituto. Así es que dice que el género andaluz es el único que vale. Pero el otro que está á su izquierda, aquel del chaleco encarnado, que tiene tienda de comestibles en la calle del Humilladero, le lleva la contraria: dice que el drama es lo mejor, y siempre está pidiéndome que haga *Carlos II el Hechizado*; pero ya se ve, el primer actor dice que por él no quedaria sin hacer, pero que necesita mucha gente, y decoraciones y trajes.

— Naturalmente.

— Pero tanto ha insistido el tendero, que el muchacho, es decir, el primer actor, que todo se lo encuentra hecho, ha cogido el drama y corte por aquí y supresion por allá, le ha dejado para cinco personas, y servirán las dos decoraciones que tengo.

— Ese artista debe ser el demonio.

— ¡Digo...! ¡como que van á vestir de sociedad el drama! En aquella otra mesa, añadió mi hombre, están los apasionados de la primera dama... ¡Es lo mas coqueta! los tiene á todos mareados... ¡así es que me hacen un gran consumo de refrescos! En la de mas allá se sientan los amigos del gracioso... algunos son muy ricos y le prestan dinero en sus apuros. Les hace tanta gracia, que no es extraño.

En esto acabó una pieza, y los apasionados llamaban á sus ídolos.

— ¡Que salga el gracioso!

— ¡No... la dama!

— ¡El galan!

— ¡El gracioso!

— ¡Todos!

— ¡Bravo!

— ¡Bien!

Y los mas entusiastas echaban á los actores cigarros de tres cuartos.

Todavía no se habian descubierto las brevas del Cid.

En el entreacto bajaban los actores y las actrices, los llamaban á todas partes.

— Tome Vd. café, hombre, que me ha gustado usted y quiero convidarle.

— Gracias, ya lo he tomado.

— ¡Pues una copa!

— ¡Si Vd. se empeña!

— Sí, señor... ¡vaya un genio que tiene Vd!

— ¡Es favor!

— ¡Cá! hombre... ¡ha dicho Vd. esa frase: «calla cernicalo» de un modo que me ha entusiasmado!

— Pues ha sido un *chorizo*.

— ¿Y qué es eso?

— ¡Una frase inventada por mí!

— ¡Cuando digo que el día menos pensado se lo llevan á Vd. para el teatro del Príncipe!

Las actrices eran tambien obsequiadas con flores, ó una racion de jamon en dulce, ó una copita de Málaga.

En fin, aquello era una delicia, me convencí de que el auditorio gozaba.

— Ya ve Vd., me dijo el dueño, ¿quién por un par de reales no pasa la noche divertida? Y lo que dicen los parroquianos: mejor es venir aquí que ir al teatro; allí cuesta todo mas caro, y no pueden rechistar, no hablan en los entreactos con los actores, y los de la manga verde no les dejan fumar. Aquí están todos como en familia... y crea Vd. que si no fuera por los autores

que me llevan diez reales por cada pieza que represente, esto sería un negocio.

¿No les parece á Vds. que entre los cafés-teatros y el arte hay un abismo?

Hablemos de otra cosa, de amor, por ejemplo.

Voy á contar á Vds. las circunstancias que han motivado un casamiento, y la manera original de realizarse que ha tenido.

Un solteron recalcitrante, cuarenta y cuatro años, elegante figura, rostro agraciado, bolsa repleta y una historia galante mas voluminosa que una novela por entregas que gusta.

Cansado de las casas de huéspedes y de las fondas, alquiló un cuarto principal en la calle del Príncipe para estar cerca del Casino, y se puso en manos de un ama de gobierno y un criado.

Estos dos individuos no tardaron en conspirar contra él, la mancomunidad de intereses enlazó sus almas, y una noche al entrar su amo, (siempre llevaba el pica- porte), los encontró durmiendo.

Despertarles y ajustarles la cuenta, todo fué uno.

— Me contentaré con una criada, se dijo.

Un mes despues notó que le faltaban varias prendas; en cambio encontró una noche encima de una silla de su cuarto un guante de algodón de los que gastan los soldados cuando se visten de etiqueta.

En dos años mudó de servidumbre treinta veces.... Cansado de estos cambios mandó á pedir á un pueblo una mujer de edad viuda ó soltera, sin familia y muy pobre.

«Yo tengo lo que Vd. quiere, le escribió un amigo, y se lo envío á Vd.: es la dadora de esta carta.»

Le pareció muy bien su nueva doméstica, y como ya estaba escamado, dejó puesta la llave del cajon de su cómoda.

— Probemos su honradez, se dijo, y se marchó al Casito.

— Eran las tres de la tarde, comió con un amigo, habló de su doméstica con elogio, recibió las felicitaciones del ama de la casa, y á cosa de las doce se retiró á su domicilio.

— Señorito... le dijo el portero... Tome Vd. la llave.

— ¿La llave?

— Sí, señor; su criada de Vd. me la dió al marcharse.

— ¿Mi criada?

— Sí, señor, por mas señas que me dijo que sentía tener que irse, pero que no le probaba Madrid.

— Pero hombre, si ha llegado esta mañana.

— Así será, pero lo cierto es que la llave esta aquí, y que la criada no está.

Subió, encendió luz, abrió la cómoda, notó que unas cuantas alhajas y no pocas monedas habian desaparecido, fué á su cuarto, vió que la cama no estaba hecha, se dió á todos los diablos, y en un acceso de desesperacion, exclamó:

— ¡Oh! yo aseguro que esto se acabará. No pasan ocho dias sin que me case.

Al dia siguiente se fué á una agencia.

Era el 20 de julio. Al entrar vió á una jóven como de veinte años, enlutada, triste, llena de timidez.

— Mi pobre padre quedó cesante á fines del pasado, decia al agente; le faltaban algunos meses para tener opcion á cesantia, y la pena de verse pobre, sin recursos para mantenerme, le puso enfermo, y ha muerto hace diez dias. No tenia madre, me quedé huérfana, me recogieron unos tios, me han obligado á servirles de criada, acepté este puesto en su casa; pero recordando á mi padre lloraba algunas veces y por eso me han despedido. Proporcióneme Vd. una casa donde servir, y de lo que gané en el primer mes le daré á Vd. lo que sea.

El solteron oyó esto.

— Precisamente vengo á buscar una persona que me sirva: tenga Vd. esta tarjeta, dijo á la jóven, vaya usted á mi casa esta tarde á las dos.

Pagó al agente los derechos y se fué.

La jóven enlutada fué puntual.

— ¿Con que es Vd. huérfana? le preguntó.

— Sí, señor.

— Y su padre de Vd., ¿qué era?

— Estaba empleado con 8,000 rs. en Hacienda.

— ¿Y no tiene Vd. familia?

— Solo unos tios que me han echado de su casa.

— ¿Y se ve Vd. obligada á servir?

— No tengo mas recurso.

— Pues bien, no se asuste Vd. ni lo tome á chanza; usted necesita una persona que la proteja, yo una mujer que cuide de mi casa... tengo mas edad que Vd., soy rico, ¿quiere Vd. casarse conmigo?

La jóven le miró con asombro.

— Hablo de veras: en cambio solo exijo que respete usted mis costumbres.

Quince dias despues se casaron, y hoy... apenas va al Casino el solteron.

No hay, sin embargo, quien le quite de la cabeza que el matrimonio es una loteria, pero asegura á todo el mundo que le *ha caído el premio gordo*.

Pero ahora recuerdo que prometí hablar de *amor* y he hablado de *interés*.

¡Están tan unidos!

— Pero no hay que entristecerse por esto, es moneda corriente.

Cambiamos de decoracion.

Una noticia publicada dias atrás por la *Correspondencia* ha producido gran sensacion en varios círculos.

Decia el diario noticiario que la próxima temporada teatral prometia estar muy *animada*, y algunos maliciosos atribuian á fina sátira esta creencia, porque anun-

ciaba á renglon seguido que en el teatro de la Zarzuela se tomaban medidas para reunir sesenta jóvenes bonitas y de buena conducta, con destino á la clase de coristas, figurantas y bailarinas.

Si esto es bastante para que se anime el arte escénico, afortunadamente lo que menos falta en España son mujeres bonitas; pero yo me temo que por este camino se vaya demasiado lejos. Bien es verdad, que por muchas medidas que se tomen no podrán reunirse las sesenta mujeres buenas, bonitas y... nada mas; porque ¿qué jóven bella y modesta se atreverá á presentarse al empresario para decirle: «Soy guapa, canto de tiple y deseo formar parte de las sesenta?»

Y aun dado caso que se presentase ¿cómo resolver acerca de sus condiciones?

Supongamos que la empresa nombra una comision calificadora, y que llega una jóven rubia.

— ¿Qué desea Vd., señorita?

— Contrátarme de bailarina y figuranta.

— Segun eso, ¿se cree Vd. con las condiciones expresadas en el anuncio?

— Me parece, digo, no sé, contesta la jóven ruborizándose.

— ¿Qué edad tiene Vd.?

— Diez y nueve años.

— A ver, sírvase Vd. dar uno ó dos pasos para que veamos su porte.

— ¿Así?

— Perfectamente... ¿y el cabello es postizo?

— ¡Oh! no, señor: ¿quieren Vds. convencerse?

— Basta que Vd. lo diga... ¿Tiene Vd. cédula de vecindad?

— Soy hija de familia, y mi mamá...

— De todos modos, es necesario que traiga Vd. una certificacion del señor cura de la parroquia, y otra del señor inspector de su barrio, en la que testifiquen que ha observado Vd. siempre buena conducta.

— Está muy bien.

— Despues de llenar todos estos requisitos, la comision deliberará acerca de la admision, y en el caso afirmativo tendrá Vd. dos pesetas diarias.

Supongamos que la jóven pasa por todo y que llega el momento en que el jurado discute su belleza.

— ¡Es encantadora! dice uno de los jueces aficionado á las rubias.

— No diga Vd. eso, por Dios, exclama otro, aficionado á las morenas. Esa muchacha es demasiado aérea para nuestro público. Sin embargo, la belleza es griega...

— Aquí no somos griegos.

— No me niegue Vd. que sus ojos azules...

— Negros y rasgados son los que mas fascinan. La mayoría del público prefiere el fuego á la nieve.

— Pues á mí me gusta la aspirante.

— ¿Cree Vd. que la empresa contrata las jóvenes bonitas para que le gusten á usted?

— No, señor, pero la belleza...

— ¡Dale! Vd. no entiende de eso.

— Y Vd. menos aun.

— Parece Vd. un mármol.

— ¿Qué vulgaridad!

— ¿Me ha llamado Vd. vulgar?

— Sí, señor.

— Eso es un insulto.

— Tómelo Vd. por donde quiera.

— Nos veremos.

— Ahora mismo.

— Vamos allá...

(*El portero entrando.*)

— Que esa jóven espera.

— ¡Déjenos Vd. en paz! Digale Vd. que se vaya, porque no sirve.

A cada instante tendria la empresa que reemplazar las bajas del jurado, y si lograba reunir las sesenta, tendria que renovarlas á menudo, porque no todas conservarían las cualidades inherentes á su admision.

— ¡La belleza es efímera, la virtud corre grandes peligros!

Pero aun hay otra consideracion para que la empresa renuncie á las sesenta deidades.

— Eso es una inconveniencia, un desacato, una falta de consideracion á nosotras, ha dicho con razon una dama. ¿Pues qué los espectáculos son exclusivamente para los hombres? ¿Qué nos importan á nosotras esas sesenta sílfides?

— Si al menos contratasen sesenta Apolos tambien de buena conducta, le contestó una amiga.

— ¡Pues es claro! pero no hay nada mas despota ni mas egoísta que el género masculino.

Para la segunda expedicion á Paris por 380 rs. ida y vuelta, han salido de la córte mas de seiscientos viajeros.

La afición á viajar se desarrolla de tal modo, que no hay quien viva satisfecho si al menos no va á Pinto ó á Pozuelo los domingos y fiestas de guardar.

Cuesta tan barato viajar y se aprende tanto en los viajes, que no es extraño que esto suceda.

Algunos aspiran á viajar á la inglesa.

— ¡Me voy á Paris! dijo un jóven elegante á otro á quien halló noches pasadas en los Campos Eliseos.

— Le envidio á Vd., de buena gana iría, le contestó su interlocutor.

— Usted ha estado allí.

— Es cierto, pero por lo mismo.

— A propósito, ¿cree Vd. que con mil duros tendré bastante para vivir un mes?

— Yo lo creo.

— ¿Se paga el hospedaje adelantado?

— No, señor, al fin de cada mes.

— ¿Y la comida?

— Si la hace Vd. llevar á su casa de un *restaurant* sucede lo mismo.

— Entonces tengo bastante con diez mil reales para los gastos extraordinarios.

— Es muy posible.

— Diga V., ¿es verdad que en Francia se respeta mucho á los que llevan condecoraciones?

— Mucho, si; un señor *decoré* es todo un personaje.

— ¿Con quien nadie se atreve?

— Nadie.

— ¡Bah! ¡bah! entonces tengo bastante con dos mil reales, lo que cuesta el viaje. Ya veo que es mas económico vivir en Paris que en Madrid.

El jóven elegante se ha marchado, y ¡lo que es la fortuna! llega á Paris en el momento en que se ha suprimido la prision por deudas.

Una frase que retrata un carácter, y concluyo.

La escena pasa en los jardines de Recoletos, á las diez de la noche.

Una señorita con velo blanco forma parte de un grupo en el que hay varios jóvenes, y sobre todo uno que la mira con buenos ojos.

— ¡Qué hermosa noche hace! exclama de pronto la señorita. A mí me gustan mucho las noches de luna.

— Eso le sucede á Vd., dice el jóven, porque es usted muy poética.

— ¡Oh! no, señor; si me gustan las noches de luna, es porque en ellas se ahorra luz.

Es histórico.

JULIO NOMBELA.

Madrid 31 de agosto de 1867.

Las fiestas de Lila.

(Continuacion. — Véase el número 766.)

Puede decirse que las fiestas de Lila comenzaron con la entusiasta acogida que hizo la ciudad de Arras al emperador y á la emperatriz. Por todas partes se elevaban arcos de triunfo y trofeos. El que adornaba la entrada de la ciudad, tenia esta inscripcion:

A Napoleon III, la ciudad de Arras.

Desde la estacion se dirigió el cortejo, en medio de las mas vivas aclamaciones, á la catedral, donde fueron recibidos el emperador y la emperatriz por el señor obispo de Arras y de su clero. Despues de la ceremonia religiosa, el cortejo pasó á las casas consistoriales, donde debian tener lugar las presentaciones.

Al pasar por la plaza de Santa Cruz el emperador mandó detener un instante su carretela ante la decoracion elevada por las compañías hulleras del Pas-de-Calais, y una vez que hubo recibido las felicitaciones de los directores é ingenieros, rodeados de doscientos mineros con los vestidos del trabajo, continuó su marcha hácia la plaza Mayor. En esta plaza habia una inmensa pirámide, compuesta de costales de granos que se elevaba á una altura extraordinaria. Era un ornato muy original que descollaba entre todos los trofeos.

Por fin habiendo llegado SS. MM. á la casa de ayuntamiento, tomaron algunos instantes de reposo. Sirvieron refrescos, mas el emperador no quiso tomar otra cosa que un vaso de cerveza del pais.

Al cabo de media hora SS. MM. salieron al balcon, donde les saludaron con grandes aclamaciones.

No podemos mencionar todos los recuerdos interesantes de esta rápida visita, pero sí daremos á conocer el acto de justicia del emperador al condecorar al arquitecto de talento M. Gigny, del que se enorgullece la ciudad de Arras. En la última página de este número damos el retrato de este distinguido artista, cuyas obras merecen figurar en la historia del arte contemporáneo.

M. Grigny, que ha tenido la desgracia de quedarse casi ciego, cuenta en el Norte un crecido número de obras de un mérito incontestable. A su inteligente direccion debe Arras la construccion de una de sus iglesias, y Valenciennes la flecha de noventa metros de altura de su catedral. Toda la ciudad de Arras recibió con alegría la noticia de la recompensa acordada por el emperador al artista hoy tan popular en los departamentos del Norte.

La ciudad de Lila ha consagrado una semana entera á sus regocijos; celebraba el aniversario dos veces secular de la vuelta de esta ciudad al dominio de Luis XIV.

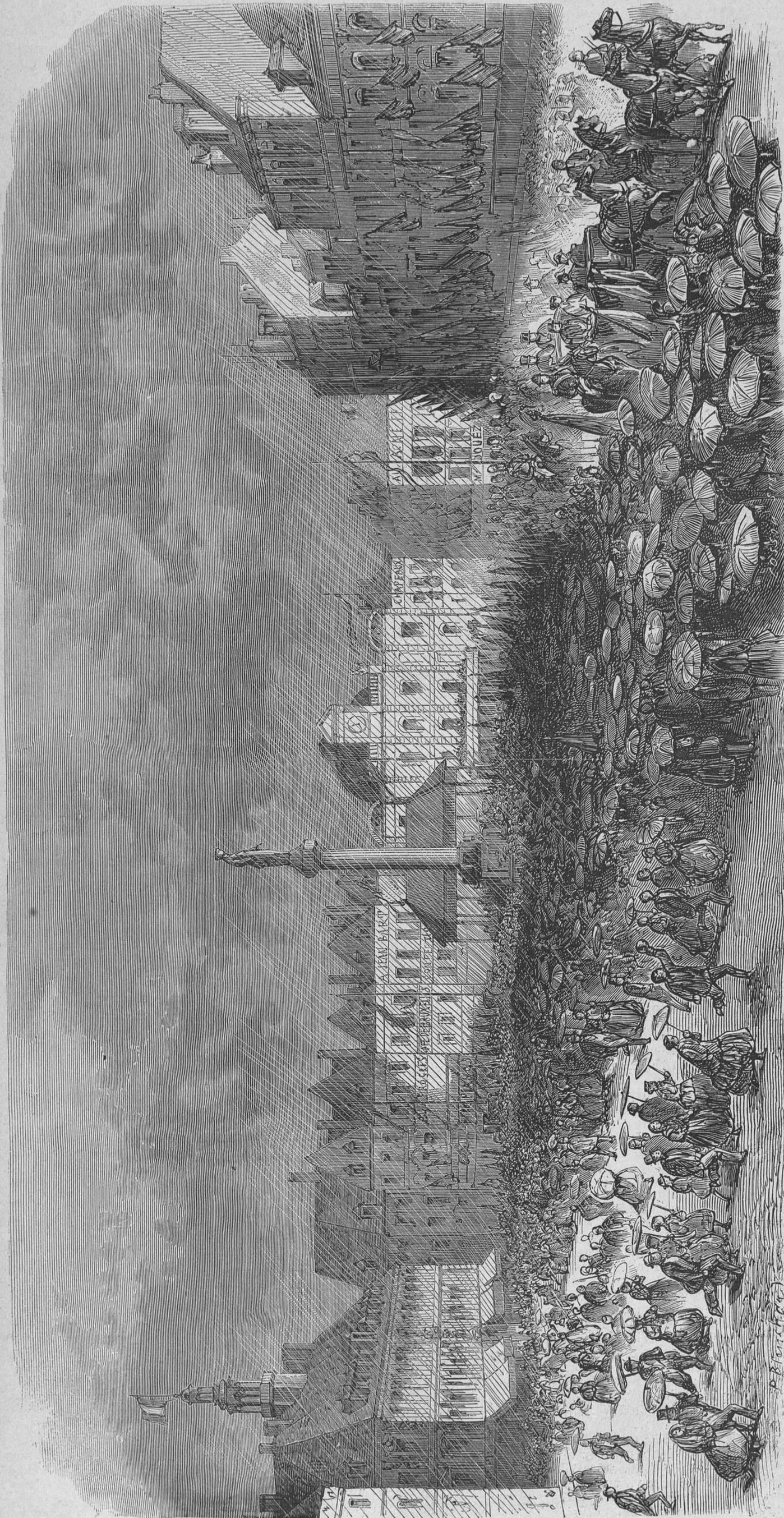
Aunque local en su principio, la fiesta no tardó en tomar un carácter nacional con la llegada de SS. MM.

Uno de nuestros colaboradores ha contado ya la entrada de los augustos visitantes, y la inclemencia del cielo que dió á la emperatriz la ocasion de ver aclamada su valentia en una circunstancia siempre delicada para una señora. El agua acabó de caer durante la comida de cien cubiertos que tuvo lugar en la prefectura, y el tiempo se volvió á poner hermoso á la hora de la funcion de teatro.

Al entrar en la sala todos los ojos se fijan en la emperatriz, elegantemente vestida y resplandeciente de diamantes.

Sin embargo, se alza el telon y las principales sociedades corales de la ciudad, entonan una cantata debida á la colaboracion de MM. Delerue y Lavainne.

El martes el emperador consagraba la mañana á la visita de establecimientos industriales. A su salida del palacio de la prefectura, S. M. atraviesa la calle Real,



FIESTAS DE LILA. — Entrada de SS. MM. II.: Paso del cortejo por la plaza Mayor.

la calle Esquermoise, pasa por debajo del arco de triunfo elevado á la entrada de la calle Imperial, y llega á la imprenta L. Danel.

El emperador acompañado de M. de Forcade la Roquette, del general Failly, del prefecto del Norte y del alcalde de Lila, fué recibido por la familia de M. Danel y por algunas personas de su casa en un salon de honor, y despues de haber sido felicitado, se llegó á la galería que rodea completamente el vasto taller principal, edificado sobre 2,100 metros cuadrados.

Estaban trabajando. Las diez y seis prensas mecánicas, las cuarenta y cuatro prensas para colores, las doce prensas litográficas, los grabadores, los encuadernadores y los fundidores, todos se agitaban en un órden perfecto. A la vista de estos cuatrocientos operarios, de esta magnífica instalacion, el emperador se quedó como sorprendido de hallar en provincia un establecimiento de tal importancia. En su presencia imprimieron un tomo espléndido titulado: *el Príncipe Imperial*, de cuya obra ofrecieron tres ejemplares, al emperador, á la emperatriz y al príncipe imperial, así como unos admirables cartones en once colores, recuerdo de la visita con que fué honrada la imprenta.

La sesion se prolongó mas de tres cuartos de hora, y antes de salir de la casa, el emperador entregó la cruz de la Legion de Honor á M. Danel. En este momento se olvidó la etiqueta, y todo el personal de la imprenta saludó á Su Majestad con las mas entusiastas aclamaciones.

De aquí S. M. pasó á la filatura de lino de M. Dequay, y luego á la importante fábrica de Fives, donde, en su presencia, vaciaron el busto de Napoleon III y de otras obras notables. En ambos establecimientos entregó el emperador la cruz de la Legion de Honor á los directores y administradores, al paso que prodigaba otros testimonios á los obreros.

Entre tanto la emperatriz, ávida de cumplir con los deberes que le impone su corazon generoso, habia ido acompañada de una de sus damas de honor, á visitar las salas de asilo y los hospitales. No se puede menos de admirar el inagotable tesoro de afectuosa caridad que S. M. posee, y cuya expresion le conquista todos los corazones.

— En esta sala no entrará V. M., la dijo un administrador, pues hay en ella cincuenta y dos personas con fiebre.

— Pues justamente esas personas quiero yo ver, contestó con presteza la emperatriz.

Aquella tarde el emperador pasó una gran revista en la plaza Napoleon y en el bulevar de la Emperatriz, despues de la cual hubo distribucion de cruces y medallas.

Por la noche gran baile en las casas consistoriales. Habia sido construido una sala en el patio cuadrado, á la cual se reunia todo el primer piso, como galerías superiores.

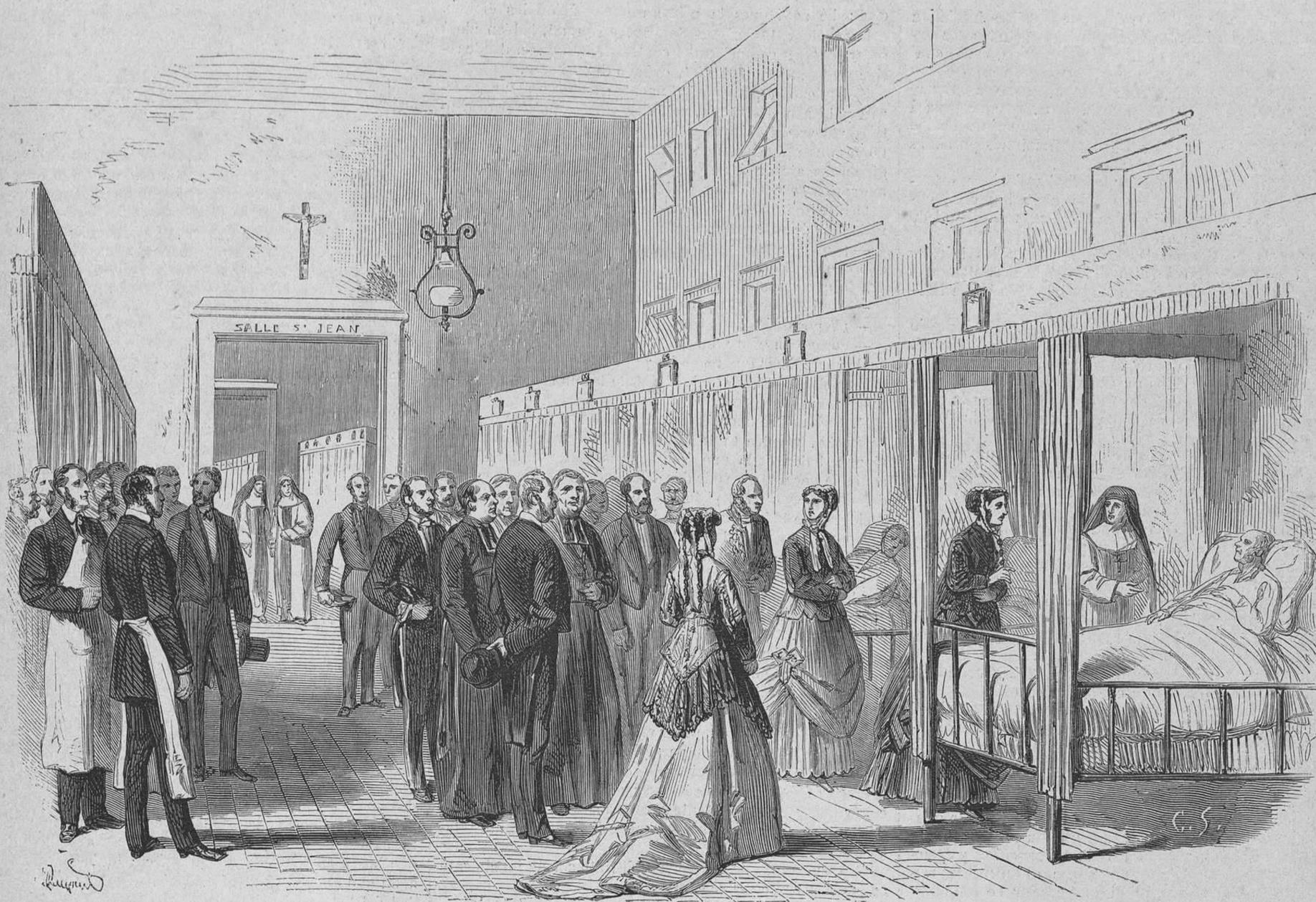
Las salas estaban adornadas al gusto veneciano, el techo, un óvalo excéntrico, estaba formado de colgaduras cereza y blanco; en uno de los dos extremos los tronos de SS. MM., y en el otro una doble escalera monumental que partia de la gran galería de las fiestas.

Por el lado de la derecha bajaron el emperador y la emperatriz, despues de haber contemplado un momento desde lo alto de la galería el mágico espectáculo de aquellas cinco mil personas deseosas de tributar sus testimonios de afecto. Cincuenta arañas y numerosas girandolas derramaban torrentes de luz en los salones, donde los adornistas de Paris habian prodigado el oro, el terciopelo, los espejos y las flores.

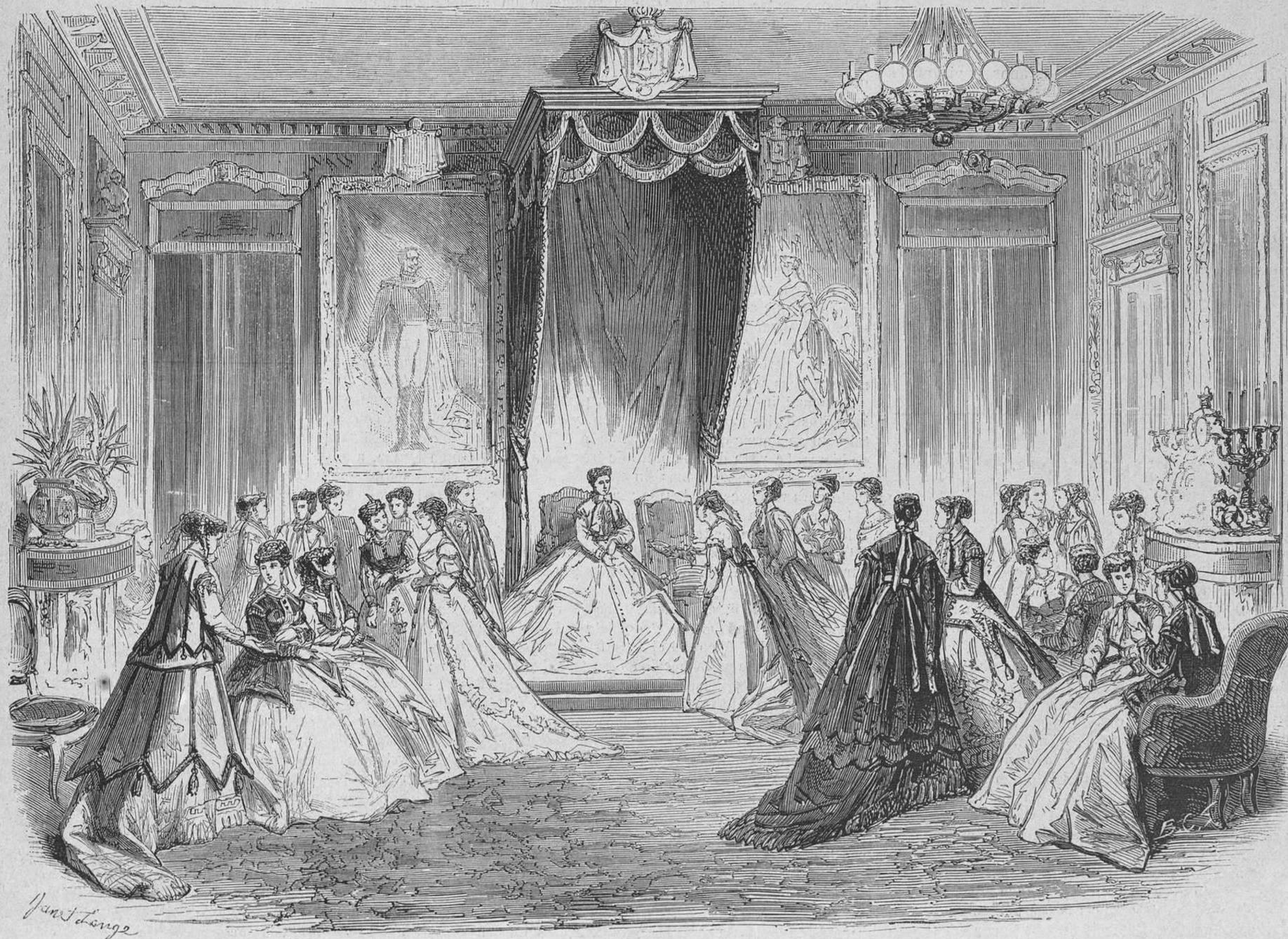
Habiendo sido bailada la contradanza de honor por SS. MM., las señoras Sencier, Crespel-Tillon y los señores Crespel, Hamoir y J. Brame, el emperador y la emperatriz dieron una vuelta por los salones y se retiraron evidentemente complacidos con las repetidas pruebas de afecto y adhesion que habian recibido en Lila.

El viaje á Dunkerque presentó la continuacion del mismo afan para salir al encuentro de SS. MM.; el espíritu era el mismo, únicamente la expresion se modificaba.

Y es que Dunkerque tiene su genio



LILA. — Su Majestad la emperatriz visitando el hospital de San Salvador



Su Majestad la emperatriz recibiendo á las señoras en la prefectura de Lila.

especial cuando se trata de fiestas: aquí la iniciativa personal desempeña el principal papel; todos los habitantes de una calle se ponen de acuerdo, cada cual da su idea, y lo que se tiene bien presente es que hay que eclipsar la calle contigua. Luego, una vez concertado el plan, todos se ponen a la obra, que se paga á escote. De aquí resulta una variedad suma de un barrio á otro, y también una serie de combinaciones parciales que constituyen un todo curioso.

Generalmente forman bóvedas de banderines, estandartes y farolillos; al borde de cada acera hay cordones de guirnalda, y en medio de la calle una multitud de arañas de papel con vasitos de colores.

Durante este tiempo las campanas de las iglesias tocan á vuelo, y en lo alto del célebre campanario resuenan las notas del himno imperial de la reina Hortensia.

La acogida hecha en Dunkerque á SS. MM. ha sido tan entusiasta como en las demás partes: felicitaciones, flores, nada ha faltado para festejar á los ilustres visitantes. Un episodio de los mas pintorescos era la diputación de pescadoras, con sus trajes de gala, con la gran cruz y los pendientes de oro y el zagalejo de fondo blanco con inmensos ramajes.

El trofeo mas curioso y mas rico también, era un magnífico pabellon elevado entre las dos esclusas por la administración de puentes y calzadas. Componíanle todos los instrumentos marítimos. La bóveda, que sostenía cuatro canoas, descansaba sobre columnas formadas por boyas enormes, unas pintadas como tablero de damas, otras en largas bandas rojas y negras alternativamente.

Sus Majestades entraron en el gran establecimiento de redes de pescar de M. Broquant, donde la entrega de la cruz de la Legion de Honor, dió márgen á que se repitiera la escena de la imprenta de Lila.

Durante la comida de aquel día, SS. MM. oyeron á la sociedad la *Union coral*, que cantó dos coros.

Por la noche gran concierto: Adelina Patti, Gardoni, Ciambi, Sivori, nombres que tienen su gloria. Acababan de tomar asiento el emperador y la emperatriz cuando la Patti comenzó la preciosa melodía de Bach, sobre la cual ha arreglado Gounod el *Ave Maria*.

El emperador y la emperatriz estuvieron tan satisfechos con la recepción que se les hizo, que aquella misma noche anunciaron retrasarian un día su marcha.

El juéves fué consagrado á visitar Tourcoing y Roubaix. Tengo que repetir otra vez que el entusiasmo es igual por todas partes, que el emperador recompensa siempre el mérito y que la emperatriz siempre se ocupa de los infortunados. Se concede amnistía á los condenados por los últimos trastornos de Roubaix y muy luego se les ve circular por las calles de Lila gritando: ¡Viva el emperador!

El almuerzo imperial tuvo efecto en Roubaix, en casa del conde Mimerel, y el regreso tuvo lugar á eso de las ocho y media.

El viérnes, mientras iba el emperador á visitar la Bolsa, la emperatriz se dirigía á las colonias penitenciarias de Loos y de Guermang para llevar palabras de consuelo á estas desdichadas poblaciones.

La visita de SS. MM. dejará en Lila y en todo el Norte un profundo recuerdo, y será fructuosa para el país, pues el emperador ha podido conocer mejor las necesidades y las aspiraciones de los habitantes.

A su regreso á París, SS. MM. se detuvieron en Amiens, y era difícil no acordar algunos instantes á la ciudad que la emperatriz visitó tan animosamente en la época del cólera. Todos estos recuerdos salieron á relucir en alocuciones bien sentidas, y estos testimonios de gratitud, al coronar dignamente este viaje, han demostrado á SS. MM. que los departamentos del Norte saben reunir la memoria del corazón á su patriotismo.

C. F.

Revista de Paris.

La corte imperial ha salido para Biarritz, y en pos de la corte, los ministros y todo el mundo oficial se apresura á dejar Paris, á fin de disfrutar algunas semanas de vacaciones. En estos dias se nota en Paris menos afluencia de extranjeros y provincianos. Los coches de alquiler se encuentran fácilmente en las estaciones y en las calles, y las entradas en la Exposición universal han bajado hasta 30,000, menos de la mitad de lo que eran antes. ¿Habremos llegado al fin de la invasión comenzada en mayo? No lo afirmamos; pero sin embargo, casi se puede asegurar que por ahora no volveremos á ver aquellas inmensas aglomeraciones que lo ocupaban y lo devoraban todo con gran contento de los posaderos y fondistas, que si este año no han hecho su agosto, no habrá sido porque no hayan abundado los huéspedes.

Sea como quiera, coincidiendo la baja en la población flotante con la época de las vacaciones, resulta en Paris un vacío muy notable. Ya hemos dicho que la caza quita también mucha gente á Paris, y en efecto, todo aficionado que puede ausentarse, no desperdicia la ocasión, sobre todo en este mes de setiembre, favorecido este año con un tiempo magnífico. También dijimos que la inexperiencia ó la imprudencia de muchos cazadores no tardaría en producir desgra-

cias: hé aquí pues la primera que señalan los diarios.

Dos amigos, los señores Gagnard y Durand, habían ido á cazar juntos á un pueblo del canton de Bangy, en donde reside un labrador, M. Rollet, cuñado del primero.

El domingo se pasó perfectamente: mataron algunas piezas, y llegado el otro día, volvieron á salir juntos para continuar la caza. Habiendo visto al cabo de algunas horas que no se presentó ocasión de disparar un escopetazo, se decidieron á marchar á un pueblo llamado Etrechy, donde almorzarían en casa de un pariente.

Los tres cazadores regresaban muy compungidos por el mal éxito de su expedición de aquella mañana.

— ¡Cómo se van á burlar de nosotros cuando nos vean! dijo uno de ellos.

A lo que respondió Durand:

— A mí me importa poco lo que digan.

— ¿Y por qué?

— Porque enseñaré mi piston cubierto de cardenillo, lo cual quiere decir que no se ha puesto hoy.

Y hablando así, sostenía el gatillo levantado con el dedo pulgar.

M. Gagnard se aproximó para cerciorarse de la veracidad del hecho, y entre tanto M. Rollet, hablando y sin recelo alguno, había dado uno ó dos pasos adelante, cuando hé aquí que por una inexplicable fatalidad, el gatillo se escapa del dedo, pega en el piston, sale el tiro, y el desdichado Rollet recibe toda la carga en la cabeza.

Aunque herido mortalmente, no cayó en el acto, y viendo M. Durand á su amigo inundado de sangre, se arrojó sobre él para socorrerle. Rollet dirigió un postrer adiós al que involuntariamente acababa de quitarle la vida, y se vino al suelo con un movimiento vertiginoso, para no volver nunca á levantarse.

Entonces hubo allí una escena desgarradora.

Durand, loco de desesperación, quiso atentar á sus dias, y en su exaltación, hizo pedazos el arma que tenía en la mano.

Un gendarme, que al pasar en un carruaje había oído la detonación, volvió camino para prestar auxilio, y el cadáver fué colocado en el vehículo.

Preciso fué tomar todas las precauciones imaginables para evitar que Durand no atentase contra su vida. La víctima es un honrado jóven de veinte y cuatro años, inteligente y laborioso.

Otra ocurrencia de género muy distinto consta igualmente en las crónicas de la semana.

Es esta toda una historieta que parece un capítulo de novela de aventuras, como los que se hallan á cada paso en las primeras producciones de Alejandro Dumas.

Una de estas últimas noches á eso de las doce, cinco personas, entre las cuales había solamente un hombre, volvíen de la estación de Argenteuil, en las inmediaciones de Paris, cuando habiendo llegado al muelle del Sena enfrente del hospicio, fueron detenidas por varios individuos, que se habían propuesto robar una jóven que volvía con su madre, su tía, su hermana y su prometido, de hacer diferentes compras para su próxima boda.

Uno de los agresores era un novio que la jóven había tenido, y que nunca fué aceptado ni por ella ni por la familia. En aquel sitio estaba parado un carruaje que había de servir para el rapto proyectado. El novio desairado se precipitaba pues sobre la jóven, cuando su futuro se lo impidió, y de aquí una riña.

Durante la lucha este último advirtió repetidas veces á su adversario que se retirase, pues en otro caso haría uso contra él de un arma que tenía consigo: sobre esto, dos de los individuos que acompañaban al agresor intervinieron y quisieron paralizar los esfuerzos del defensor de la jóven, mas este, soltándose con presteza, sacó un estoque de su baston que tenía permiso para llevar por causa de anteriores amenazas hechas por su rival, y dió á este dos estocadas.

En aquel instante llegaron varias personas atraídas por los gritos de los parientes de la jóven, y entre ellas se contaba un gendarme que regresaba de la estación del camino de hierro. La vista del sombrero de tres picos puso en fuga á los cuatro agresores; mas sin embargo, hubo tiempo bastante para reconocer al herido y á sus compañeros.

Llegado el día siguiente las personas atacadas declaraban á la autoridad la tentativa de que habían sido víctimas, y esta semana todos los actores del drama singular que acabamos de referir han sido interrogados por la autoridad judicial de Versalles.

A propósito de cosas judiciales, hé aquí otra historia que el periódico titulado el *Derecho* cuenta del modo siguiente:

«La salida de Méjico del ejército francés despues del largo tiempo que ha permanecido en ese país, ha dado márgen á muchos tristes y dolorosos episodios; mas entre ellos llama particularmente la atención por lo tierno é interesante el que acaba de tener su desenlace en un tribunal correccional de Francia.

Dumont, cabo de enfermería, había inspirado una violenta pasión á una jóven mejicana de veinte y dos años de edad, llamada Feliciano Mazares, hija de una buena y acomodada familia. Todo estaba ya dispuesto para la boda, faltando tan solo el permiso para celebrarla que Dumont pidió á su general, cuando se oye el ruido de tambores y de cornetas y los soldados arreglan sus mochilas y se ponen las polainas para regresar á Francia.

La intrépida mejicana no se acobarda por eso, y lo que hace es preparar su expedición á Francia: para ir á Veracruz solo hay que atravesar 800 leguas, dice para consigo, y a pesar del ardiente sol de aquel país y del mal camino

sube sobre el mejor mulo de su padre y coloca en él una grande maleta.

No será por demás decir que la maleta estaba cuajada de ropa blanca y de vestidos, y que en los rincones de ella iban varias joyas de que no pueden prescindir las hijas de Méjico, las cuales no pueden pasarse sin aretes en las orejas y sin adornos en el cuello, en los brazos y hasta en las puntas de los dedos.

La jóven llega á Veracruz, donde encuentra las tropas francesas, y se embarca en el *Garona* creyendo que en él iría Dumont, mas este entró á bordo de la *Emperatriz Eugenia*.

El *Garona* tuvo un pésimo viaje; había en él 82 enfermos, y al lado de estos algunos moribundos; y para socorrer á unos y á otros descerrajábanse los cofres para extraer de ellos medicamentos y lienzos.

Al llegar á Brest había desaparecido la maleta de Feliciano; pero esta no se arredra por ello con tal que llegue á Paris, donde Dumont llegó primero. Los oficiales de marina hacen librar á la jóven un pasaporte y le entregan algunos francos para los gastos de viaje. Llega Feliciano á Paris y encuentra allí á Dumont.

El cuñado de Dumont, añade el *Derecho*, veedor de los hospitales militares, en cuya casa fué á parar Dumont, escribió á Brest pidiendo la maleta de la jóven, la cual le fué remitida al cabo de pocos dias, pero en malísimo estado y con la cerradura rota. Al abrirla la jóven echó de menos sus joyas, y entre varias ropas de mujer, de camisas y de pantalones que le parecieron suyos, encuentra algunos efectos propios de hombre y diferentes instrumentos de cirugía. Guarda los primeros y devuelve los segundos, que mas adelante se vió que pertenecían á un empleado de la administración de los hospitales militares que había regresado de Méjico.

Ese empleado, que echó de menos en su cofre la ropa blanca de su mujer, ha demandado á Feliciano Mazares, y despues de sufrir dos meses de prision preventiva en San Lázaro, la jóven comparece hoy ante el tribunal correccional á responder de una acusación de robo.

¿Qué responde á esta acusación la linda mejicana? que linda es y no poco, pues es alta y erguida, de ojos y cabellos negros y morena. Nada contesta, porque no sabe una palabra de francés; pero sus miradas responden por ella. Busca algo con los ojos, pues no puede persuadirse que lo que busca no esté allí. Un intérprete le hace comprender al fin que el cabo Dumont está con su batallón en una ciudad del Norte.

Por último, viene en auxilio de la pobre jóven el abogado M. Delattre, quien refiere de un modo muy tierno las desventuras de Feliciano. «La intrépida jóven ha abandonado por un cabo francés, su país, á su padre y á su madre, y ha perdido sus joyas. Use con ella de clemencia la justicia de Francia.»

El tribunal, en vista de las razones del abogado imperial M. Angot de Rotours, conformes con las de la defensa, ha impuesto á la jóven el minimum de la pena, esto es, seis dias de cárcel, y en consecuencia Feliciano ha sido trasladada á San Lázaro á sufrir esta leve condena.

Hace algunas semanas hablamos á nuestros lectores de las expediciones aéreas que varios hombres científicos habían emprendido en el célebre globo de Nadar el *Gigante*. Estos viajes que como dijimos tenían por objeto el hacer diferentes observaciones á distintas alturas, no se han continuado, y apenas se han dado á luz algunas notas sobre lo que pudo observarse en la ascension que tuvo lugar el 16 de agosto, notas que ciertamente carecen de interés para la crónica. No diremos lo mismo sobre un hecho que leemos en un periódico francés de Nueva York, y que acusa una excentricidad de marca mayor, pues se trata de un matrimonio que debía verificarse en la ciudad de Pittsburgo (Pensilvania) y que efectivamente se verificó con las debidas ceremonias... en las nubes.

Oigamos la relación del periódico:

«El 6 del corriente, á las dos de la tarde, se hallaba reunida, á pesar de la lluvia, una concurrencia inmensa en el Parque de la ciudad, donde el profesor Thurston había preparado un globo, del cual pendía una barquilla de mimbre, tan adornada y engalanada como el azafate en que se envían los regalos á los novios.

Hacia las cuatro de la tarde entraron en aquel elegante cesto miss Fornshell y M. Smithon, acompañados del alderman Strain del distrito 190, y un instante despues el globo aerostático se elevó majestuosamente, aunque detenido todavía por una cuerda que tendria unos 100 piés de extension.

A esta altura próximamente el alderman consagró con las formas oficiales la union de los dos conyuges, volviendo luego el globo á la superficie de la tierra. El alderman se apeó entonces, y el profesor SS. Thurston, de Meadville, subió á ocupar su puesto. Rompiéronse las cuerdas, y el vehículo aéreo caminó ya libremente por las regiones etéreas.

Subió primero casi sin desviarse de la línea vertical, y luego, cuando se hallaba ya á la altura de unos 2,000 piés, tomó la dirección del sudeste, atravesando el rio Alleghany por encima de los barrios de la ciudad, alcanzando desde allí las alturas de la Monongahela Valley, y bajando luego con la mayor seguridad, á dos millas próximamente de la linda aldea de Mac-Keesport.

Esta ascension ha sido la mas hermosa de cuantas se han verificado en el país; es la primera ascension matrimonial consumada realmente al aire libre. El profesor Thurston,

que es voto en la materia, ha manifestado que miss Forns-hell demostró una intrepidez notable, y que permaneció de pié sobre el asiento de la barquilla hasta que el globo paró en la primera zona de las nubes, ó sea próximamente á una milla de la tierra.

La mayor altura que alcanzó el globo fué la de mas de tres millas.

En el momento en que el vehiculo llegó á tierra en Mac-Keesport, acudieron á rodearle mas de mil personas, que dispensaron á los viajeros la mas simpática acogida. Trajeron un carruaje para madama Forns-shell Smithon, y facilitaron una carreta para trasportar el globo.

Al acercarse la comitiva á la aldea, la concurrencia iba creciendo por instantes, y el entusiasmo que inspiraban cónyuges subió á tales alturas, que, desenganchando los caballos del carruaje, los asistentes arrastraron por sí mismos á los esposos y á la aereonauta, llevándoles en triunfo hasta el hotel.

Organizáronse por la noche serenatas, y no sin trabajo consiguieron los recién casados embarcarse en el vapor que los condujo á la ciudad, adonde llegaron á las doce. El cielo, al que tan de cerca hicieron los atrevidos esposos testigo de sus juramentos, será seguramente favorable y propicio á su matrimonio. »

¿No es digno de citarse este caso único?

Volvamos ahora á Paris, donde nos espera la relacion de una aventura dramática, una actriz dada de puñaladas por su marido, por causa de celos.

Hace como diez meses un tal Cornemillot, empleado, de edad de treinta y cinco años, y que de hecho vivia separado de su jóven esposa, en un acceso de furor la daba de puñaladas en la vía pública, y luego se heria á sí mismo del modo mas grave.

La jóven esposa habia tomado la carrera del teatro y trabajaba en el de Novedades. Entonces se supuso que el marido queria obligarla á que dejara esta profesion que no es por cierto en Paris una garantía de fidelidad conyugal; mas despues se ha sabido la verdad del caso.

La mujer salió herida levemente, pero el marido, como hemos dicho, ofreció peligro y ha tardado diez meses en curarse.

Uno de los testigos del lance, M. Pasquier, cuenta así la escena de las puñaladas.

Encontrábase el dia en cuestion ocupado en leer el cartel del teatro, cuando llamó su atencion un grupo de tres personas compuesto de dos mujeres y un hombre que se disputaban.

Una de estas mujeres se separó del grupo y entró en el teatro por la puerta reservada á los artistas; mas no tardó en volver á salir con el regidor, quien encarándose con la que se habia quedado con el individuo, que era el marido, la dijo:

— Tiene Vd. que subir, pues trabaja Vd. esta noche, como está anunciado en los carteles.

— Yo no quiero que vayas, contestó el marido,

Y dirigiéndose al regidor añadió:

— Esta señora es mi esposa legítima, y yo me opongo á que salga al teatro.

El regidor replicó diciendo:

— Yo no le conozco á Vd., y si no permite Vd. que suba esta señora, voy á dar parte á la autoridad.

Con efecto, el regidor les dejó para ir á buscar á un agente municipal, y entre tanto el marido sacó un puñal, dió una puñalada á su mujer y despues se hirió á sí mismo repetidas veces.

Casi en el mismo instante volvió el regidor y se precipitó sobre el marido, que cayó inmediatamente al suelo exclamando:

— No hay que incomodarse ya, todo está concluido.

La justicia se apoderó de Cornemillot, quien ha sostenido que su intencion no era otra que la de darse muerte en presencia de su esposa, como lo prueba una carta que se le encontró en el bolsillo y en la cual dice que se suicida porque los celos le devoran. Nada mas desgarrador que el contenido de esta carta; es el grito de dolor de un hombre honrado que ha consagrado su vida á una mujer infiel, contra los consejos de su familia y de todos sus amigos.

« Me doy muerte, la dice, porque todo lo que me sucede mi madre me lo habia predicho, mi madre que te juzgó tan bien... ¡y yo no la creía!

» Adios pues, te he amado mucho, y muero porque sigo amándote, porque conozco que, haga lo que quiera, nunca podré arrancar de mi corazon el amor que te profeso. No puedo volverme con mi madre, pues ella, y mi hermana, y mi hermano, y todos me dirian: « Tú la defendias, tú la veias bajo el prisma de tu amor, no has querido escucharnos y hé ahí lo que ahora te sucede. »

» Te amo al darme la muerte, y deseo que mis presentimientos no se realicen, que seas dichosa; pero mucho me temo que ha de ser lo contrario, pues veo tu porvenir bien sombrío. »

Tales son los hechos. Sin embargo, como eso de tomarse la justicia por su mano no es cosa permitida, el tribunal ha condenado al marido á tres meses de cárcel.

Principia por fin á hablarse de novedades teatrales. El Teatro Francés, en vista del éxito del *Hernani*, se habia aficionado á las obras de Victor Hugo, y queria poner en escena el *Ruy-Blas*; pero segun se dice, parece que halla obstáculos por parte de la censura. En cambio tendremos una comedia en cinco actos de M. Emilio Augier, cuyo titulo se ignora todavia.

El teatro del Vaudeville, se prepara á inaugurar el nuevo

y bonito edificio que se está acabando de construir esquina á la Chaussée d'Antin, con una pieza del aplaudido Sardou, que se titula *las Mujeres del gran mundo*. Por último, se susurra que en la Grande Opera habrá próximamente una importante novedad, una nueva obra de Gounod, el celebrado autor del *Fausto* y de *Romeo y Julieta*. Hé ahí las noticias que circulan.

MARIANO URRABIETA.

Poesías.

A GRANADA.

Granada, hermoso pensil
De perenne primavera,
Do constantemente impera
La grata aroma de abril.

Donde el aura juguetona,
Al besar tus manantiales,
Cambia en perlas sus cristales
Para adornar su corona.

Yo te saludo, ciudad
Por el gran Boabdil llorada,
Yo te saludo, encantada
Joya de la cristiandad.

Aun se ven en tus murallas
Las huellas de tu grandeza,
Aun se ve en tu fortaleza
Los restos de cien batallas.

Aun nos está recordando
Tu ciudad de Santa Fé,
Que allí la morada fué
De Isabel y de Fernando.

Y puesto que fuiste sola
En conseguir gloria tal,
Bendice el nombre real
De aquella santa Española.

Ella haciéndote cristiana
Te dió un don que no tenias,
Pues si mucho merecias
Eras al fin musulmana.

Hoy radiante de hermosura
Sobre tu alfombra de flores,
Te alzas cual templo de amores,
Grata mansion de ventura.

Ya cual madre tierna véis
Darro y Genil suspirando,
Como tus muros besando
Se entrelazan á tus piés.

Ya mil guirnaldas tejiendo,
Primavera caprichosa,
La ves siempre cariñosa
En tus prados sonriendo.

Y esas aguas cristalinas,
Y esa aroma sin igual,
Dan un tinte celestial
A tus bellas granadinas.

Salve á tí, ciudad amada,
La del cielo trasparente,
La que circunda tu frente.
Régia corona nevada.

Salve á tí, ciudad amada,
Donde el alma se extasia,
Donde Dios su luz envia
Con mas fulgores tambien.

Donde canta el ruiseñor
Con eco mas melodioso,
Donde el jilguero amoroso
Mejor expresa su amor.

Salve á tí, yo te bendigo
Desde este mi pobre hogar,
Desde él te quiero mandar
A mi corazon contigo.

ROSA C...

Mas ¿qué importa tu nombre ni tu esencia?
Mujer ó serafin, ángel ó flor,
Déjame consagrarte mi existencia
Y el culto de mi amor.

LAMARTINE.

La he visto por mi lado
Cruzar indiferente
Con noble continente,
Con régia majestad.
¡La he visto! tras su huella
Corrió mi fantasía,
Dudando si seria
Quimera ó realidad.

Su voz es dulce y suave,
Su voz está formada
Del aura perfumada
Que vaga en el jardin.
Semeja el labio suyo
Del níspero la fruta,
Su boca es una gruta
De púrpura y jazmin.

¡Oh! yo me la figuro
En ilusion secreta,
De un sueño de poeta
Divina encarnacion.
O en el morisco alcázar
Sultana desdeñosa,
O maga misteriosa
Que halaga al corazon.

Cual nunca imaginaron
Espléndidos pintores
Los mágicos colores
De aurora boreal,
No adivinó, forjando
Las sílfides y ondinas,
Sus formas peregrinas
El númen oriental.

En el pais hermoso
Que el claro Glommen riega,
El hijo de Noruega
Creyérala vision
Que en los desiertos campos
Cautiva al pasajero,
Idólatra sincero
De antigua tradicion.

Mas no es fantasma bella,
Efímera y liviana;
Ni es árabe sultana,
Ni es maga para mí.
Solo es una hermosura
De negra cabellera,
Nacida en la ribera
Que baña el Damují.

Rasgados son sus ojos,
Preciosos talismanes
Que anuncian los volcanes
Del tórrido ecuador...
Se ocultan en su seno
Dos perlas temblorosas,
Gemelas vergonzosas,
Tesoros de pudor.

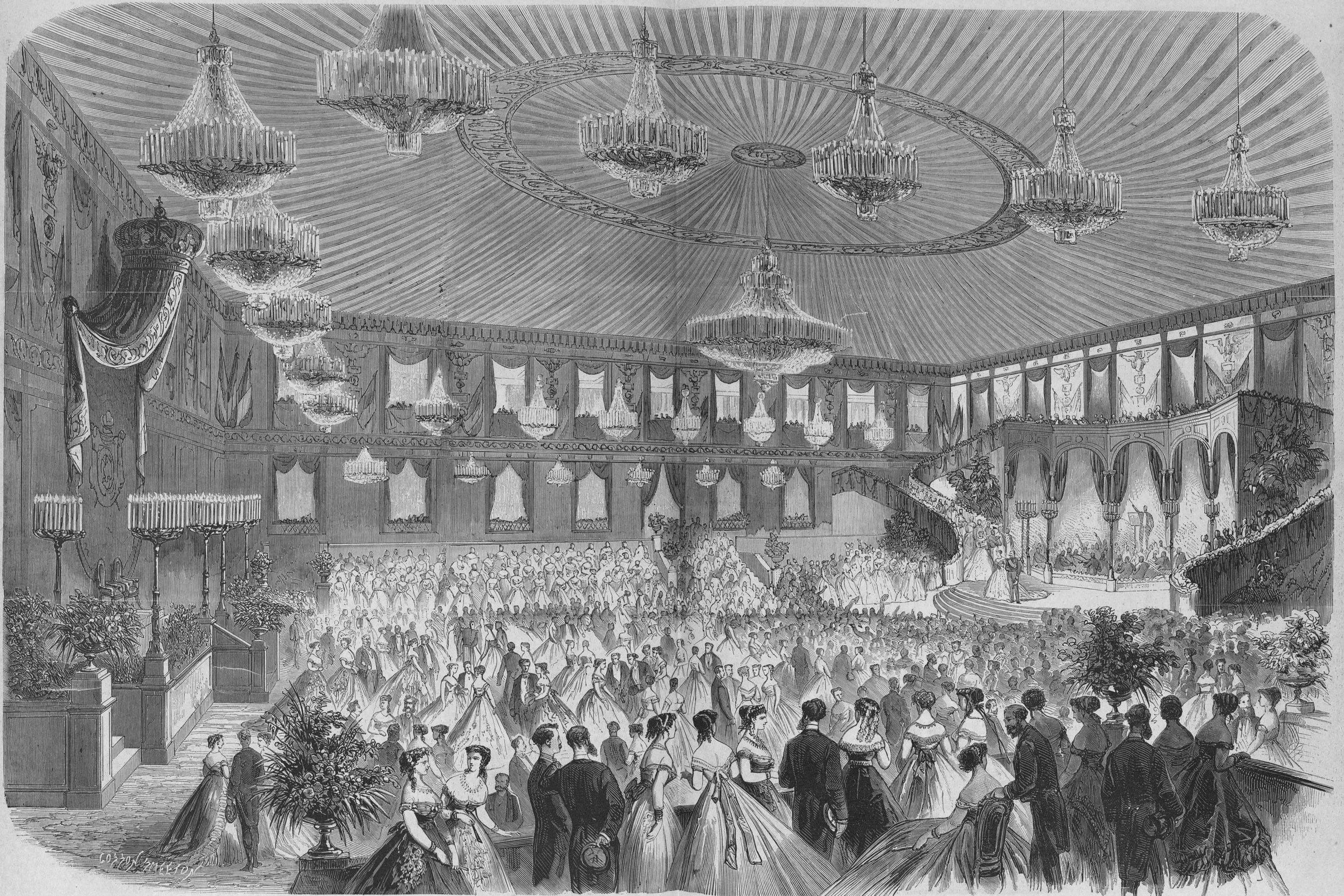
Magnífica belleza,
Del trópico candente,
Que traes á la mente
Recuerdos del eden:
¡Ah! deja que desnudo
De hipócrita ropaje,
Te rinda mi homenaje
Con júbilo tambien.

¿Qué importan en la vida
Dolores de mañana?...
La esclava ó la tirana
Del férvido cantor,
Anhelos solamente
¡Oh diosa de mis lares!
Quemar en tus altares
La mirra del amor.

EL HIJO DEL DAMUJÍ.

Isla de Cuba.

AGUSTIN SARTORIO.



FIESTAS DE LILA. — Baile dado en la alcaldia en honor de SS. MM. el emperador y la emperatriz.

La Maladeta junto á Venasque.

ESCENAS DE LOS PIRINEOS.

(Continuacion.)

Al principio es un leve murmullo, semejante á un gemido ahogado que exhala una montaña; pero despues de un corto silencio, este murmullo va arreciando, al paso que la bola crece arrastrando consigo todo cuanto encuentra, y luego oís este ruido mugir y rodar al abismo como el estruendo del trueno.

La Maladeta tiene su voz, pero se diferencia enteramente de aquella de la Virgen. El ruido melancólico y solemne que despide, es, sin disputa, una de sus particularidades mas notables.

El único sonido que interrumpió nuestro silencio, mientras contemplábamos aquel grandioso espectáculo, era una especie de murmullo lastimero é incesante, parecido á las vibraciones de un arpa eólica. Este extraño ruido me recordó la estatua de Memnon, saludando la venida del sol con armoniosos sonidos, y al escuchar su voz, cualquiera se hubiera inclinado á creer que esta reina de los Pirineos era la hermana de aquel ídolo. Se ha procurado explicar con razones naturales los sonidos extraordinarios del coloso tebano; y la misma explicacion podria, á mi parecer, dar la causa de las armonías de esta montaña.

Es probable, en efecto, que el relumbro y el calor repentino del sol, resbalando con increíble rapidez sobre sus costados de berroqueña, disparan aquellos estruendos portentosos, que los pastores que viven en sus valles llaman los maitines de la Maladeta.

Dejamos aquel sitio con sumo pesar, aunque habíamos pasado dos horas en él, que habian volado como en alas de un sueño; pero teníamos que andar todavía largas distancias, á cual mas trabajosas y expuestas.

En su consecuencia, nos alejamos sin tardanza de este lugar mágico, pero no sin echar sobre él una mirada de pesadumbre, y nos dispusimos á entrar otra vez en Francia por el paso de la Picada, que durante algun tiempo nos pareció mas escabroso y mas arduo que las alturas á que habíamos trepado. Faltó muy poco para que uno de nosotros, que dió un paso en falso, no rodase por las faldas de la montaña: hubiera sido caer como Faetonte de lo alto de las nubes. Un francés joven, travieso y bullicioso que estaba á su lado, enfermó de solo ver su peligro, y necesitó algunos dias para recobrarle.

Segun todas las probabilidades, la mayor parte de nosotros veia por última vez la perspectiva que acabábamos de dejar; pero yo habia visto demasiado para no experimentar un afán irresistible de ver mas, y de explorar las ramblas y valles estériles de aquellas soledades.

En su consecuencia, tres dias despues de esta correría, al anoecer, y acompañado de un solo guia, me encontraba de nuevo en el denso bosque de que he hablado, disponiéndome á ir á pasar la noche en el hospicio, para visitar al dia siguiente los valles españoles de la Maladeta, y pasar á la ciudad fronteriza de Venasque, en Aragon.

Los lugares que recorría se presentaron bajo un aspecto muy diferente del de mi primer viaje, y pude justipreciar todo el atractivo de la variedad. Al cielo trasparente y puro de los dias anteriores, habian sobrevenido nubarrones lóbregos que, al paso que iban bajando sobre aquellas montañas, apagaban la luz del dia. Bien pronto las tinieblas por cuyo interior caminábamos, se oscurecieron mas y mas con una niebla densa de la que empezó á lloviznar, mas no tardaron en caer raudales con redoblada violencia.

Felizmente me habia provisto, por temor de la incertidumbre del tiempo, de una especie de capa que traen los pastores de aquellas montañas, formada de un tejido de lana negra con una caperuza que cubre enteramente la cabeza. Bien embozado en mi capoton, dejaba á mi caballo que siguiese al de mi guia, y escuchaba los bramidos del trueno, mientras que el resplandor de los rayos que se cruzaban por todos rumbos nos ayudaba á reconocer el camino.

Cuando estos rayos no alumbraban el horizonte, la oscuridad era tan profunda, que jamás habia visto otra semejante, y aprecié por primera vez la belleza de la expresion del poeta, cuando habla de «aquellas tinieblas palpables.» Al paso que me iba internando por el centro de la tempestad, apenas hablé diez palabras con mi guia. La única historia que me refirió para distraerme fué la siguiente:

— Un dia, me dijo, en que iba al hospicio, me dormí al anoecer sobre mi caballo, atravesando el bosque. De repente me despertó con sobresalto un esguince de ese caballo, el mismo que montais hoy, y ví delante de mí un oso enorme que ocupaba el centro del sendero que atravesamos. Mi caballo se habia parado, y todos sus miembros temblaban; el oso no estaba menos turbado, y los tres parecíamos no saber qué partido tomar. Pasamos así algunos minutos mirándonos en silencio y sin movernos, hasta que en fin el oso retrocedió y nos dejó el paso expedito.

Mi guia calló despues de esto para dejarme cavilar sobre esta historia, en medio de un bosque afamado por morada predilecta de los osos, y continuamos nuestro silencioso camino.

Bien pronto, sin embargo, salimos del bosque y nos encontramos sobre el terraplen, pero no sabíamos qué rumbo tomar en medio de la lobreguez, para dar con el hospicio, cuando un rayo centellante alumbrando el paraje, nos lo hizo ver mejor que en medio del dia, á algunos centenares de piés delante de nosotros, sitiado por un sinnúmero de animales que, despavoridos, se habian refugiado al resguardo de sus paredes.

El posadero y su mujer eran los únicos que ocupaban en aquel momento la gran sala, calentándose cerca de un fuego que ardia como una hornaza sobre el hogar, esperando con zozobra la vuelta de su hija y de algunas otras personas que habian bajado de dia á llevar hielo á los posaderos de Luchon.

Despues de la cena, me condujeron á un gran aposento que servia de dormitorio, cuya pieza, colocada encima de la inferior y de las mismas dimensiones, contenia los tres lechos mas sucios que se puedan ver.

Me dijeron que podia elegir entre dos de estas camas, pues la tercera estaba ocupada por un hombre, su mujer y sus hijos, que estaban enfermos de un ataque de pecho, y que habian venido al hospicio para mudar de aires. Despues de titubear un momento, me tendí sobre una de esas miserables camas, menos por gusto que por deber, y pensando en la fatigosa jornada que tendria que hacer al dia siguiente.

Pero me hubiera podido evitar este disgusto, pues mis sentidos estaban tan arrebatados, que me fué imposible coger el sueño. Por otra parte, habia goteras y entraba el agua, continuando la alternativa de los rayos deslumbrantes y de la cerrazon mas densa. Pero todo esto era nada en comparacion de los diversos ruidos que me ensordecian.

Cada rayo iba acompañado de un trueno, cuyo estrépito, repetido por la Maladeta y los picos de Astor y de la Picada, hacia estremecer el hospicio hasta sus cimientos. Por otra parte, con el espanto y el dolor prorumpian en continuos alaridos los desgraciados niños que dormian á mi lado, gritos que se confundian con los mugidos de las vacas, los balidos de los carneros y las cabras, y el retintin de las campanillas colgadas á su cuello.

A media noche se aumentó esta espantosa algarabía con los ladridos que dieron los perros al oír llamar á la puerta. Era la pequeña caravana extraviada que volvía de Luchon.

No puedo rasguar un concepto cabal de esta noche funesta, sino diciendo que si bien todas las personas que componian esta comitiva habian hecho este camino centenares de veces, y conocian todos sus pasos, se habian visto obligadas á hacer parte de su viaje á tientas y caminando á gatas, porque cuando marchaban se desviaban á cada instante y se perdian en las malezas y en los sotos.

Mientras duró aquella tormenta, me amargaban mis propias reflexiones. El mal tiempo, en estas regiones aéreas, no es objeto de regocijo, porque obra á veces como una llave y una cerradura sobre el desgraciado viajero expuesto á sus estragos.

Uno de mis predecesores habia estado detenido muchos dias por la tempestad en este templo de los elementos. Despues de haber cavilado mucho sobre el aburrimiento que experimentaria si tuviese que dilatar mi mansion en él, me consoló repentinamente de mi pena la casi absoluta cesacion de todos los ruidos exteriores. Cesaron los relámpagos y los truenos; las vacas, carneros y cabras callaron como de comun consentimiento; aquel reposo volvió el sueño á los niños, mis vecinos, y quedé admirado al divisar por los postigos los picachos de la Picada sobre un cielo estrellado, mientras que las nubes, arrollando sus nevados copos sobre sus faldas, bajaban hácia la llanura, que estaba cubierta todavía de un mar de vapores arremolinados.

Todo es casual en las montañas. Venasque ó Luchon; tal era la cuestion que traia entre cejas; y despues de haberme resuelto á lo primero, me encontré en camino al hacer del dia para ir allá; pero

Quantum mutatus ab illo!

Cuatro dias atrás habia visto la aurora alzarse sobre aquellas montañas con todo el esplendor de su gloria; ahora iba á verla bajo un aspecto muy diferente, aunque tal vez no menos curioso; porque la naturaleza no es menos asombrosa en sus revoluciones que en su reposo.

En mi primera correría, una nube, un vellon vaporoso por la bóveda del cielo tan despejado y reluciente, parecian, en algun modo, extraños á su naturaleza; en aquel momento, al contrario, la misma garganta me parecia una activa é inmensa fábrica de vapores, de nubes y de tempestades.

Ya nos empozábamos en una grandiosa niebla; ya se condensaban aquellos vapores para formar una densa nube, cuyas orillas estaban tan tersas, tan bien dibujadas, que parecia se las podia tocar y coger con la mano. Pero bien pronto esta nube se extendia y subdividia en distintos celajes, dibujando las mas peregrinas formas. En pocos segundos, y como por encanto, lo que era redondo se convertia en una espiral.

Algunos de estos vapores dibujaban sus riberas perpendiculares, y otros horizontalmente. Los habia que seguian todas las revueltas de las montañas, mientras que otros, conservándose á alguna distancia, se disparaban por la esfera en sus innumerables revoluciones.

De cuando en cuando, y sin que se pueda señalar ninguna causa, estos vapores se condensaban de nuevo y formaban una dilatada niebla con formas varias é insubsistentes,

El ambiente donde se arremolinaban aquellas ráfagas parecia que se hermanaba con ellas en su incesante desasosiego. Ora permanecia inmóvil, ora se derrumbaba en los valles á torrentes, y en seguida oíamosle girar en torbellinos á lo lejos, en el fondo de los bosques. Parecia que todos los elementos estuviesen desencajados y batallasen en vano para recobrar su equilibrio.

En fin, llegamos á la Puerta con otros sugetos que se me habian reunido en el hospicio. Volví á ver la Maladeta, pero sus cimas no resplandecian ya á los rayos del sol, ni se desprendia de sus entrañas ningun sonido armonioso.

Al verla bajo este nuevo aspecto, desempeñaba mucho mas adecuadamente el nombre que le habian dado. Era en efecto la montaña maldita, dispuesta á hacer cuanto daño le permitiese su organizacion.

En mi correría anterior, algunos de nosotros, de los cuales era yo uno, considerando el valle desde una especie de terraplen, habíamos pensado descender á él, para volver en seguida á la Puerta, imaginando que seria viaje de media hora, mas esta vez tuve ocasion de conocer cuán engañosas son las ilusiones ópticas producidas por el sumo despejo de la atmósfera; porque examinando los idénticos sitios bajo un cielo nebuloso, me convencí de que hubiera necesitado el resto de la jornada para hacer lo que habia creído la primera vez poder ejecutar en media hora.

Esta altura en que nos hallábamos y que nos parecia mediana, era sin embargo la cima de la Peña Blanca, de cerca de 7.000 piés de elevacion.

La superficie caliza, de una blanca cárdena y cadavérica, formaba una especie de ceñidor á los montes Malditos, que descollaban sobre ella, y con los cuales estaba en cabal armonía.

Necesitábamos hora y media para apearnos de ella, y hubiéramos necesitado mucho mas tiempo para treparla. A su pié se hallaba el hospicio español de Venasque; primera habitacion que se encuentra al llegar por esta parte á los dominios de España.

El lector podrá formar concepto, con lo que voy á referirle, de sus comodidades y del método de su hospedaje.

El dintel de una puerta de entrada, que no tenia mas que cinco piés de alto y era proporcionalmente estrecha, estaba salpicado de sangre de un marrano que acababan de matar y al que una jóven aragonesa, hija mayor de la casa, lavaba entonces esmeradamente, á algunos pasos de allí, en una corriente de agua: ocupacion tan sencilla como la de Nausicaa, pero mucho menos pastoril.

El salon ó el aposento comun, que no tenia sino cerca de doce piés de alto sobre seis de ancho, estaba rodeado de una especie de asiento elevado, sobre el cual podian los viajeros echarse ó sentarse á su albedrío.

Una escasa lumbre, y que era mas de humo que de llama, calentaba esta pieza. Habia á su lado otra que formaba el aposento particular del director del hospicio, y una tercera, á la izquierda, que contenia tantos marranos, mulos y asnos como podian caber en él.

La verdad sea dicha, esta casa de Esquimales se consideraba como provisoria, mientras se debia edificar otra mas cómoda, pero su construccion se dilataba interminablemente de dia en dia, á causa de algunas desavenencias que se suscitaban entre las autoridades locales.

Se habia levantado este hospicio interino al resguardo de un peñon, porque no habia memoria de hombres de que esta roca hubiese tenido que padecer derrumbos.

Sin embargo, un invierno, dos años antes de mi visita, una de estas calamidades de las altas montañas, disparándose desde las cimas de la Peña, vino á estrellarse contra aquella roca, y cayó por sus lados. Este alud habia sido precedido, como acostumbra, de un viento impetuoso que lo habia sin duda causado, y esta ráfaga arrancó de raiz el hospicio, á pesar de la proteccion del peñasco, á cuyo abrigo estaba edificado, como el nido de la golondrina bajo el techo de la choza, y que dispersó á lo lejos sus restos, junto con los miembros de dos mujeres y un niño, que dormian en él sin prever esta catástrofe.

Me mostraron todavía en el valle desparramadas por todas partes las piedras y la armazon de aquella casa, que habian reemplazado apresuradamente con la que habitaba entonces.

La senda que conduce desde el hospicio á la ciudad es, bajo muchos respectos, semejante al camino Blanco de Cremayor en la Suiza. Pero los paisanos de aquella comarca no pueden retratar los pastores españoles con su mirada aguda y montaraz, sus ponchos y sus pieles, cubiertas de una lana espesa con que cubren sus cuerpos.

Es imposible verlos sin acordarse de aquellos personajes que Salvador Rosa agolpa tan pintorescamente en sus paisajes. Durante este viaje de cuatro á cinco leguas, no vimos, salva una excepcion, ningun vestigio de habitacion humana: y esta excepcion, aun cuando no hubiese sido la única, mereceria ciertamente ser notada.

En efecto, ¡cuál fué mi extrañeza cuando vi en los costados áridos de la Maladeta un grande y hermoso edificio! No parecia sino que los ángeles de Loreto lo habian dejado desprender en su vuelo, y que la casualidad habia querido que encontrase un sitio donde ponerse.

¿Quién lo creyera? era un lugar de aguas termales, y á la verdad seria imposible encontrar otras equivalentes. Es necesario que un reumatismo le haya acosado con gran manera, antes que un enfermo pueda resignarse á venir á tomar los baños en la Maladeta, con la

obligación accesoria de proveerse de cama, de surtirse de leña, de comer los alimentos comprados en una ruina aldea, separada de allí por los mas trabajosos caminos, y donde es casi imposible encontrar otros alimentos que pan y algunas legumbres.

Los pobres gotosos que van á tomar aquellas aguas, apenas se atreven á alejarse un tiro de pistola de la casa, por temor de ser tragados vivos, porque en todas las estaciones y en cualquier hora del dia, se corre riesgo de ser sorprendido y devorado por un lobo hambriento.

A juzgar por las apariencias, la reunion debia ser allí muy poco numerosa en este momento, pues solo salia humo de una chimenea, y no vimos sino una figura humana en toda la línea de persianas, pues no vi ni un cristal siquiera en todo el edificio.

A favor de mi anteojo pude distinguir perfectamente aquel sugeto que nos miraba desde la otra parte del abismo, lanzado entre él y nosotros.

Nos saludó con el alarido particular de los montañeses de los Pirineos, que nos hubiera sido imposible oír, si el eco no hubiese repetido su voz entre las peñas sonoras y los derrumbaderos de las montañas. Cuando volvimos al dia siguiente, vimos aun al mismo individuo, en la misma ventana y en la misma postura, que nos saludó con el mismo grito penetrante y sostenido. Parecía que el pobre procurase, con este género de comunicacion con sus semejantes, trampear un tanto el tedio de su soledad.

Esta correría está brindando con su atractivo al mineralogista y al geólogo. Casi á cada paso se encuentran antiguas y misteriosas alteraciones, dignas de toda la atención de las ciencias.

Piedras metálicas desparramadas acá y acullá están demostrando la existencia de minas poco apartadas; y las hendiduras y grietas que surcan las montañas acreditan que han debido experimentar convulsiones capaces de trastornar al mismo Chimborazo.

En un sitio particular, llamado el *Barranco del mal invierno*, reparé moles enormes de berroqueña, que, segun su forma casi esférica, parecían haber padecido violentos roces.

¡Qué fuerza no se habia necesitado para lanzarlas del fondo del abismo hasta el sitio en que las veia! Era evidente que no habian podido salir de las entrañas del globo sino en el disparo de horrorosas convulsiones.

Una marcha de tres horas me condujo á Venasque, cuyo aspecto y visos tienen una semejanza cabal con los peñascos que la cercan. Esta pequeña ciudad, edificada sobre la orilla de un hermoso rio, tiene minas de plata, de cobre y plomo en sus cercanías: pero estas riquezas minerales contribuyen muy poco á su opulencia, y su aspecto miserable se contraponia enteramente á Luchon, de donde habia salido la víspera.

En la ciudad francesa, todo era comodidad, bienestar, deleite; cada techo cubre un albergue ó una casa donde acogen á los que van á tomar los baños; mas la comodidad, el bienestar, el recreo son palabras desconocidas en el vocabulario de Venasque.

Ningun atento dueño de casa cuya estampa fuese halagüena, se me acercó para ponerme en el registro de sus convidados, porque no habia ni hospederías ni fondas. No vi sino calles estrechas, irregulares, ventanas con rejas, al través de las cuales reparé algunos rostros aceitunados, echándome á hurtadillas miradas melancólicas.

Como en los viajes anteriores habia podido adquirir algunos conocimientos de las costumbres de España, me habia advertidamente agenciado una carta de recomendación para uno de los principales habitantes, hombre rico, y que, estando en posesión de quinientas mulas, quinientas vacas y un sinnúmero de cabras y carneros, hubiera podido competir con el mismo rey de Basan.

Era un liberal que tenia á su patria un amor ardiente é ilustrado, y que viéndose cara á cara con un inglés, se aprovechó de una ocasion tan escasa y tan breve para dejar asomar los impulsos de su pecho con el afán y la vehemencia del vapor encerrado que se dispara por una válvula.

Mi amigo me presentó á uno de sus íntimos, el droguero de Venasque, y me dió un billete para una noble señora, enseñándome, como una prueba de la nobleza de uno y otra, las armas grabadas sobre un escudo de berroqueña, puesto encima de su puerta.

La noble señora, á quien presenté mis credenciales, me recibió con una arrogancia distraída, muy semejante á la de ciertas personas que se mueven en Londres en nuestras tertulias privilegiadas.

Era una mujercilla negra y flaca: estaba sentada cerca de la lumbre de su cocina, delante de una olla que hervia sobre las cenizas, y que contemplaba blandiendo en su mano una gran cuchara de estaño. Lo que sigue podrá dar algun concepto del hospedaje. Era un poco mas de medio dia.

— ¿Podré tener el honor de comer con la familia?

— No, la familia ha comido ya.

— ¿Me podrán dar pues la comida separadamente?

— Sí.

Después se me insinuó que este agasajo por mas que fuese tan escaso, no seria gratuito; de lo que me alegré; porque juzgué que mi paga me daría el derecho de ser un poco mas melindroso.

(Se concluirá.)

Revista de la moda.

SUMARIO. — Advertencia á las lectoras del *Correo*. — Complicacion de las modas actuales. — La sencillez desterrada de los vestidos. — Ejemplo elegido entre mil. — Enumeracion de trajes á la moda. — Envíos de vestidos á Dieppe y á Trouville. — Los trajes de tafetan. — Los sombreros. — La boga del sombrero-mantilla. — La perfumería. — Descripción del figurin de este número.

Está visto que la moda actual tiene horror á la sencillez; nada hay tan complicado como los trajes que se hacen en el dia, y que son un compuesto de mil cosas distintas. Nuestras amables lectoras han debido ver esta revolucion radical en nuestros figurines. ¿Qué diferencia tan notable no ofrecen, en efecto, los figurines que da el *Correo de Ultramar* en 1867, con los que daba no hace dos años todavía? Esto es tan cierto, que hasta hemos recibido de América diversas reclamaciones, á las que contestamos aquí una vez por todas, diciendo que nosotros no inventamos nada; que todos nuestros modelos de trajes están copiados en las casas de las modistas mas famosas, y que por consiguiente todos ellos se llevan, y son la representación mas exacta y mas fiel de las modas parisienses á medida que se producen.

Hecha esta aclaracion que habia venido ya á ser necesaria, principiaremos nuestra revista descriptiva citando un traje que elegimos de intento entre los mas razonables, entre los menos complicados que acabamos de ver, y que sin embargo es como sigue:

Tiene dos faldas, la primera azul por abajo y guarnecida con un plegado de batista de 10 centímetros de altura, plegado que lleva á la cabeza una puntilla de Valenciennes, y otra en el bajo. La segunda falda es de fular, y va cortada por detrás, de modo que puede formar dos puntas cruzándose una sobre otra, como un pañuelo.

A este vestido se aplica un cuerpo alto de fular, con pequeñas faldetas. Sobre los hombros vienen á cruzarse dos puntas que dependen del mismo patron, formando los costados; un lazo de tafetan azul guarnecido de guipure; mangas largas azul liso, y cinturón azul sujeto con un lazo.

El sombrero correspondiente á este vestido es una toca de paja bismark, con follaje del mismo color.

Otro traje es de mohair blanco con rayas oscuras. El cuerpo es de faldeta-túnica, cortado por detrás en forma de punta chal dividida por en medio; estas puntas llegan hasta el bajo de la falda, y se levantan una sobre otra como para anudarse. Por delante, la faldeta baja hasta las rodillas en dos puntas que se separan y se sostienen por un lazo de tafetan del color de las rayas.

La falda de debajo es blanca, lisa, de mohair, y va guarnecida arriba del dobladillo con un plegado de tafetan oscuro, cuya cabeza está separada por un sembrado de perlas.

Mas que nunca se hacen en el dia los vestidos de forma Imperio, y así es que las modistas se ocupan particularmente de las guarniciones que pueden suavizar algun tanto esta forma rígida.

Hemos visto un traje compuesto de una sub-falda de faye violina, guarnecida sobre un ancho dobladillo por un entredos calado de finísimo azabache.

La segunda falda es de faye, sin pliegues al talle, con costura al sesgo, separada por un rizado de tafetan violina de 10 centímetros por arriba y hacia el talle, y de 15 por abajo. Estos rizados están orlados en rombo con terciopelo número 3. Entre cada rizado la distancia de faye lisa negra es de 30 centímetros del bajo, disminuyendo por arriba gradualmente hasta el talle.

El cuerpo es liso, alto, con la sisa de las mangas recortada á ondas que caen sobre lo alto de una manga de faye violina lisa como la sub-falda.

Otro traje, tambien elegantísimo, es de faye azul de dos matices, uno claro y otro mucho mas oscuro; sobre este último hay cordones de florecillas de color claro, como el de la sub-falda, que bajan por los lados de las costuras de cada paño.

El bajo de la sub-falda lleva por adorno, encima del dobladillo, unos lacitos de cinta moaré número 5 de color oscuro, fijados cada uno de ellos por una perla satinada azul.

El cuerpo es de dos partes de tela, una clara, que es la de arriba hasta la escotadura, y la otra oscura, que es el corselete almenado por arriba; en los intermedios de las almenas hay florecillas azules bordadas.

Este mismo adorno se repite en lo alto de una manga de faye, matiz claro, guarnecida por abajo con lacitos de cinta moaré, mas estrecha que la de la falda, y sujeta con perlas.

Entre los últimos envíos hechos á Dieppe y á Trouville, hemos observado un traje corto de tafetan color pensamiento. La enagua está plegada por abajo. Un *moujick* que se cierra sobre el lado en línea transversal, forma casaca y sobretodo. Llevaba un cinturón anudado y botonadura de tafetan del mismo color. La guarnición del *moujick* se componia de un plegado aplastado coronado con una trenza de pasamanería.

Ahora se hacen preciosos vestidos de tafetan. Hé aquí un modelo:

Una primera falda es azul orlada con anchas hojas de la misma tela, y la otra falda que la cubre es de tafetan negro, y cada paño está abullonado é interrumpido con un an-

cho entredos perlado. El bajo de la falda lleva un follaje de pasamanería perlada.

El sobretodo, corto por detrás, se cruza por delante, pero va ajustado al talle con un gran cinturón. Una guarnición artística da á este gracioso traje un aspecto muy original. Las mangas, que son muy grandes, caen sobre el lado. Tambien hay mangas estrechas.

Para los vestidos cortos, se hacen bonitos sombreros de paja adornados con follajes artísticos y semillas doradas de distintos matices. A veces estas semillas son muy gruesas.

Tambien se ven sombreros no menos elegantes de crespon de todos los matices.

Citaremos varios modelos.

Un sombrero de crespon fieltro tendido con pequeño bavolet abarquillado y orlado de listas de seda rosa. Un ramo de rosas monudas aparece por delante del sombrero con una bonita rama de follaje. Las cintas de atar de crespon fieltro llevan al borde un encaje del mismo color.

Un sombrero con ala y casco de paja de arroz, adornado en medio del ala con un bandó de crespon; cintas de atar color de rosa con barbas blancas de tul.

Pero el sombrero mas en boga actualmente, es el que llaman mantilla.

Nada mas gracioso que este sombrero.

Se hace principalmente de encaje negro, con hojas de oro de lado en el interior del ala, y largas barbas que forman una sola pieza con el velo que cae sobre el rodete; velo que se prolonga en punta cayendo en medio de la espalda, ó que se corta cuadrado.

Hemos visto uno de estos velos cortado cuadrado por detrás, y sobre los hombros en semi-círculo, lo que hacia dos pequeñas puntas á cada lado de la sisa de la manga del vestido, para caer despues en punta por delante.

A cada punta de este nuevo género de velo, se fija un ramillete de flores, de frutas ó de cuentas de azabache.

No hay duda que el invierno próximo la boga del velomantilla tomará cierta extension, pues siempre servirá para resguardarse un poco del frio.

La moda tendrá mil secretos para engalanar este nuevo velo. Ya se habla de forrarlos de crespon de un color vivo.

Por último, se habla igualmente de un nuevo sombrero llamado á la judía, que una vez adornado, dejará el rostro rodeado de encaje.

Antes de describir el figurin de este número, tenemos que señalar una especialidad digna de ser mencionada en las crónicas de la moda. Nos referimos á la perfumería. El afamado perfumista de la rue de la Paix, Guerlain, es siempre el abastecedor de la elegancia parisiense.

Hé aquí ahora la descripción de nuestro figurin de modas:

La primera figura lleva un traje de forma amazona de tela de lana color bismark, el color mas en boga.

Este traje tiene dos faldas; la primera es redonda; la que la cubre forma cola levantada por un grueso cordón que da la vuelta al talle, y se termina con hermosas borlas al lado.

Cuerpo alto con faldeta *fuyante* (género amazona).

Mangas ajustadas. En todos los contornos un galon muy sencillo. Cuello y mangas lisos. Toca negra con velo largo. Guantes de Sajonia.

El segundo traje se compone de dos faldas de tafetan gris. La falda de debajo es redonda y está guarnecida en forma de delantal con varias hileras de hermosos galones satinados en relieve. La segunda falda, adornada del mismo modo, se queda abierta por delante.

El cuerpo es alto, y lleva mangas lisas guarnecidas al gusto del cinturón, que ofrece la misma forma por delante que por detrás. Cuello y mangas bordados. En la cabeza una cinta del color de la del vestido. Guante de cabritilla.

M. P.

Oliverio.

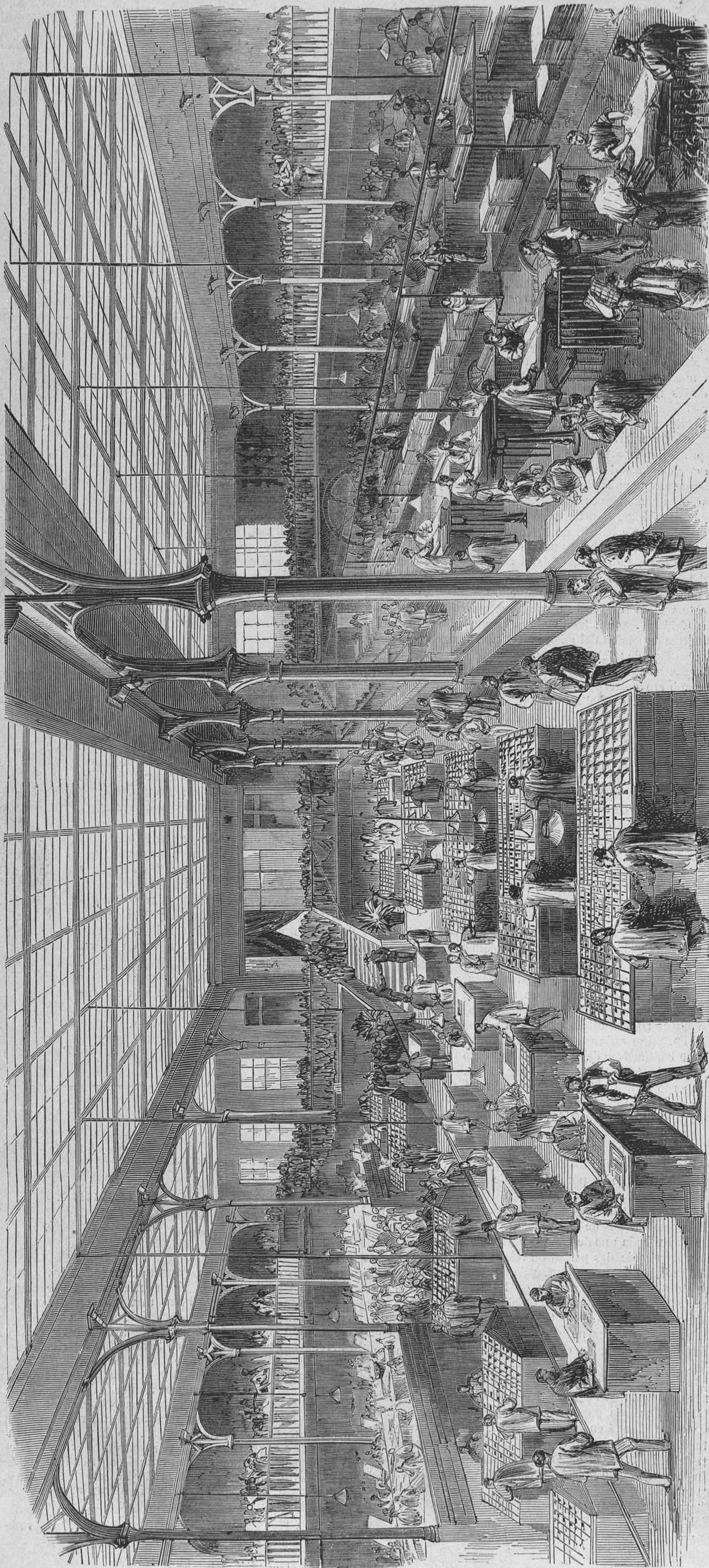
NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CARLOS DICKENS.

(Continuación.)

Oliverio volvió á casa pensando en todos los favores que habia recibido de la jóven enferma, y haciendo votos para que se le presentase una ocasion de mostrar cuán grande era su agradecimiento. Nada tenia que echarse en cara respecto á negligencia ú olvido por su parte, y sin embargo, pareciale aun que en ciertas ocasiones podia haber mostrado mas celo. Deberiamos siempre arreglar nuestra conducta con la de aquellos que nos rodean, pues cada muerte recuerda á los que sobreviven que han omitido muchas cosas y hecho muy poco, y esto produce uno de los mas amargos remordimientos que se puedan experimentar. No hay ninguno mas agudo que el que es inútil, y si queremos evitar sus consecuencias, hagamos el bien cuando aun es tiempo.

Al volver á casa, la señora Maylie estaba sentada en el saloncito. Estremeciése Oliverio al verla, y como no se apartaba nunca de la cama de su sobrina, tembló al pensar qué cambio podria haberla alejado. Entonces supo que Rosa estaba sumida en un profundo sueño, del que no se despertaria sino para restablecerse y dormir, ó para darles el último adios y espirar.



LILA. — Su Majestad el emperador visitando la imprenta de M. L. Danel.

Sentóse pues, con el oído alerta y sin atreverse á decir palabra por espacio de muchas horas. Sirvieron la comida; pero ni Oliverio ni la señora Maylie pudieron tocarla, y con la vista fija distraídamente siguieron el sol, que desaparecía poco á poco en el horizonte, y que acabó por proyectar sobre el cielo y la tierra esas tintas brillantes que anuncian su puesta. Su oído, atento al menor rumor, reconoció los pasos de una persona que se acercaba, y ambos se lanzaron instintivamente á la puerta al entrar el doctor.

— ¿Qué noticias traéis? dijo la anciana. ¡Hablad pronto! Yo no puedo vivir en esta incertidumbre. ¡Decidlo todo con franqueza! ¡Oh, hablad, en nombre del cielo!

— Calmaos, repuso el doctor sosteniéndola en sus brazos; calmaos, querida señora, yo os lo ruego.

— ¡Dejadme ir, en nombre del cielo! exclamó la señora Maylie con voz moribunda: ¡querida hija mia! ¡ha muerto! ¡está perdida!

— ¡No! dijo con viveza el doctor; Dios es bueno y misericordioso, y vivirá para haceros aun feliz.

La señora Maylie cayó de rodillas y trató de juntar las manos; pero la energía que la habia sostenido tanto tiempo, se elevó al cielo con su primera accion de gracias, y cayó desvanecida en los brazos amigos que se adelantaron para recibirla.

XXXIV.

Aquella era demasiada felicidad en un instante. Oliverio quedó estupefacto al oír tan inesperada noticia, y sin poder hablar ni llorar, apenas comprendia lo que acababa de pasarle. Pasóse durante largo tiempo por la tarde, y al fin pudo deshacerse en lágrimas, dándose cuenta del feliz cambio que se habia producido, y que le libertaba de la insoportable agonía cuyo peso destrozaba su corazón.

Era ya muy entrada la noche cuando se dirigió á casa cargado con las flores que habia recogido para adornar el cuarto de la enferma. Al subir el camino con paso ligero, oyó tras sí el ruido de un coche, y volviéndose de pronto, vió una silla de posta que iba á escape. Como el sendero era estrecho, y los caballos volaban, colocóse junto á una puerta para dejarlos pasar.

Por aprisa que cruzase la silla de posta, pudo ver Oliverio que dentro de ella iba un individuo con gorro de algodón, cuyas facciones no le eran desconocidas, pero á quien no tuvo tiempo de reconocer. Un momento despues, el gorro de algodón asomó por la portezuela, y una voz estentórea mandó al postillon detenerse.

— ¡Aquí! gritó la misma voz llamando á Oliverio por su nombre; aquí, Oliverio; ¿qué noticias tenemos? La señorita Rosa...

— ¿Sois vos, señor Giles? gritó Oliverio corriendo hácia la silla de posta.

Giles dejó ver otra vez su gorro de algodón, é iba á contestar, cuando sintió tirarse del brazo por un jóven que ocupaba el otro lado de la silla, y que preguntó con viveza cuáles eran las noticias.

— En una palabra, dijo, ¿está mejor ó peor?

— Mejor... mucho mejor, se apresuró á contestar Oliverio.

— ¡Dios sea loado! exclamó el jóven; ¿estais seguro de ello?

— Completamente, señor, dijo el muchacho. Solo hace algunas horas que se ha declarado la mejoría, y el doctor dice que ha pasado todo peligro.

El jóven, sin añadir una palabra, abrió la portezuela, lanzóse de la silla, y cogiendo del brazo á Oliverio, le atrajo hácia sí.

— ¿Es cierto lo que me dices, hijo mio? preguntó con voz temblorosa. ¿No habrá algun error per tu parte? No me engañes, haciéndome concebir una esperanza que acaso no se realice.

— Yo no haria eso por nada del mundo, señor, contestó Oliverio; y os aseguro que podeis creerme. El doctor ha dicho claramente que viviria aun muchos años para la felicidad de todos: yo mismo lo he oido.

Y al decir estas palabras, llenáronse de lágrimas los ojos de Oliverio, recordando la escena que habia causado tanta felicidad; y el jóven, volviendo la cabeza, guardó silencio algunos instantes.

Mas de una vez Oliverio creyó oírle sollozar, pero no quiso importunarle con nuevas palabras, y se mantuvo callado fingiendo ocuparse de su ramo de flores.

Entre tanto Giles se habia sentado en el estribo del coche, con los codos apoyados sobre las rodillas, y se limpiaba los ojos con un pañuelo de algodón azul y blanco. La emocion de aquel digno servidor no era fingida, á juzgar por lo encarnados que tenia los ojos al mirar al jóven, que se habia vuelto hácia él para hablarle.

— Creo, Giles, dijo, que será mejor que permanezcais en la silla de posta hasta llegar á casa de mi madre. Yo prefiero andar un poco para reponerme antes de verla. Decid que ya llego.

— Dispensadme, señor Enrique, dijo Giles limpiándose con su pañuelo; pero si quisierais dar al postillon ese encargo, os lo agradeceria mucho. No es conveniente que los criados me vean así, pues entonces ya no volveria á tener ninguna autoridad sobre ellos.

— Bien, dijo Enrique Maylie sonriendo; haced como queráis. Si lo preferis, venid con nosotros; pero quitaos ese gorro de lana, porque sino van á tomarnos por una mascarada.

Giles, recordando su extraño traje, se quitó el gorro

y se puso un sombrero, que sacó del carruaje. Hecho esto, marchóse el postillon, y Giles, Maylie y Oliverio siguieron andando sin apresurarse.

Oliverio dirigia de vez en cuando una furtiva mirada al recién venido. Era un jóven como de veinte y cinco años, de estatura regular, semblante hermoso y franca expresion. Su buen aspecto y elegante traje prevenian desde luego en su favor.

A pesar de la distancia que separa á la juventud de la edad madura, pareciase de una manera tan notable á la anciana, que no costó mucho á Oliverio adivinar su parentesco, aun cuando el jóven no hubiera ya hablado de ella como de su madre.

La señora Maylie estaba impaciente por ver á su hijo, cuando este llegó á la casa, y la entrevista no tuvo lugar sin gran emocion por una parte y otra.

— ¡Oh, madre mia! dijo en voz baja el jóven; ¿por qué no haberme escrito antes?

— Ya lo hice, repuso la señora Maylie; mas despues de reflexionar, parecióme mas oportuno no enviar la carta hasta saber la opinion del doctor.

— Pero, dijo el jóven, ¿por qué exponerse á semejante alternativa? Si Rosa hubiera... no puedo concluir la frase. Si esa enfermedad se hubiese terminado de otro modo, ¿hubiérais podido consolaros nunca de ese retraso, ni encontrado yo jamás un momento de felicidad?

— Si semejante desgracia hubiese ocurrido, Enrique, dijo la señora Maylie, creo que quizás se habria destruido vuestra felicidad, y que vuestra llegada aquí, un dia antes ó despues, no seria de gran importancia.

— ¿Por qué ese quizás, madre? repuso el jóven; ¿por qué no decir francamente que eso es verdad? Bien sabeis que lo es, madre mia, y no podeis ignorarlo.



VIAJE DE SS. MM. Á DUNKERQUE. — La calle de la Iglesia, vista tomada de la plaza de Armas.

— Yo sé que Rosa merece bien el amor mas ardiente y puro que pueda ofrecer el corazon de un hombre, dijo la señora Maylie; sé que su carácter afectuoso y noble necesita una afeccion profunda y verdadera. Si no tuviese esta conviccion, si no supiera que la inconstancia del hombre á quien ella amase, destrozaria su corazon, creo que mi mision no fuera muy difícil de cumplir, y no habria lucha en mi alma para seguir en mi conducta lo que parece la línea rigurosa del deber.

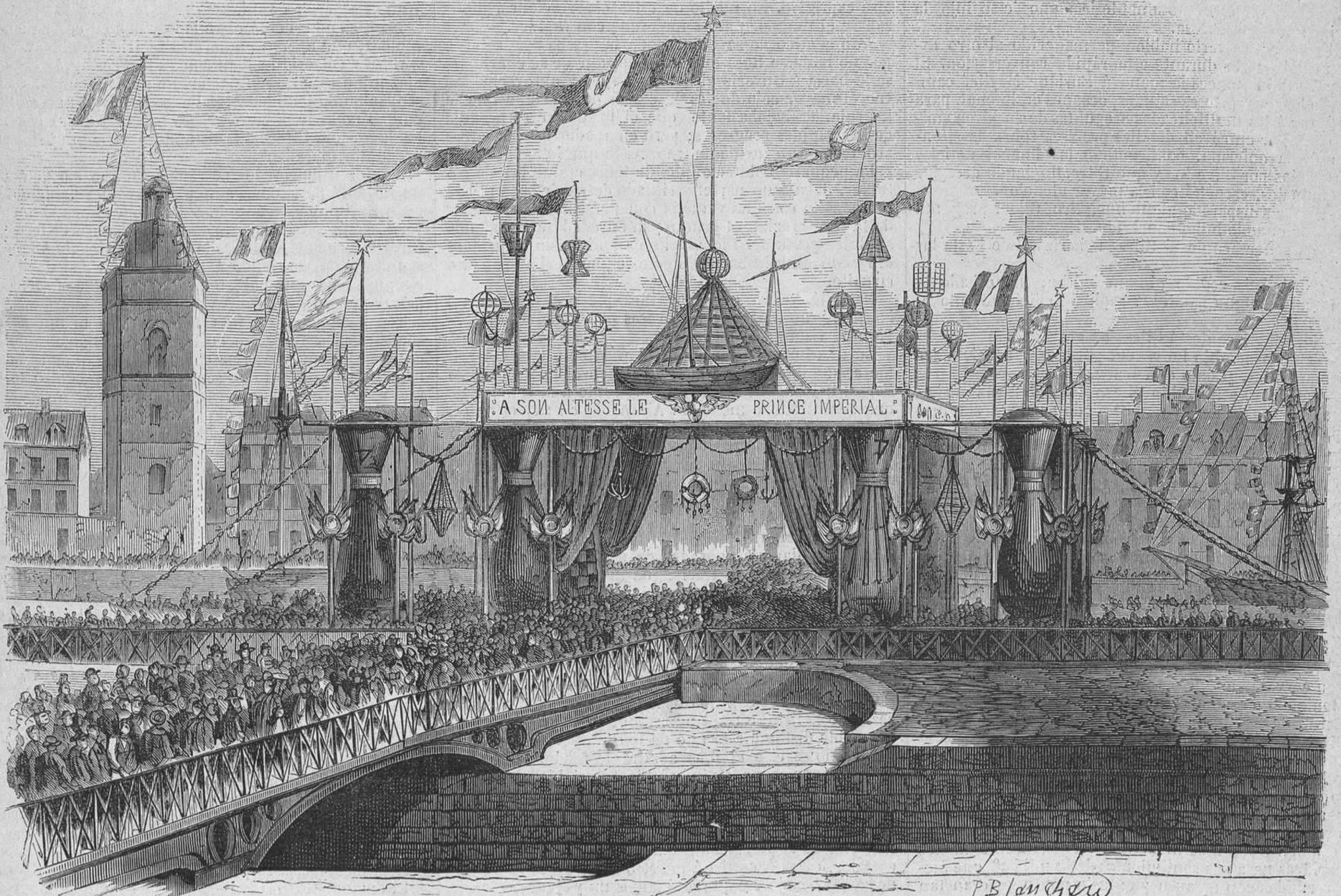
— Me juzgais mal, madre mia, dijo Enrique; ¿creéis que sea bastante niño para no conocerme á mí mismo, y para engañarme respecto á los impulsos de mi corazon?

— Yo creo, querido hijo, replicó la anciana poniéndole la mano sobre el hombro, que la juventud siente impulsos generosos, que no son duraderos, y no es raro encontrar jóvenes cuyo ardor no resiste á la posesion de lo que mas habian deseado. Creo sobre todo, añadió mirando á su hijo, que si un jóven entusiasta y ambicioso se enlaza con una mujer cuyo nombre lleve una mancha, no por falta de esa mancha que el grosero vulgo puede echar en cara lo mismo al padre que á los hijos; creo que puede suceder que ese hombre, por bueno y generoso que sea, se arrepienta un dia de los lazos que contrajo en su juventud, teniendo su mujer la pena y el suplicio de arrepentirse de ello.

— Madre mia, repuso el jóven con impaciencia, ese hombre seria un egoista brutal, indigno de llamarse hombre, indigno sobre todo de la mujer de quien hablais.

— Ahora pensais así, Enrique, replicó la anciana.

— Y pensaré siempre lo mismo, creedme; los tormentos que



DUNKERQUE. — Arco de triunfo formado con señales é instrumentos de salvamento, en honor de SS. MM. II.

P.B. / an / cher

he sufrido en estos dos últimos días, me hacen confesar con sinceridad una pasión, que sabéis muy bien no nació ayer ni ha sido inspirada ligeramente. Rosa, esa dulce y hermosa niña, posee mi corazón como jamás mujer alguna ha poseído el corazón de un hombre. Yo no tengo un pensamiento, un proyecto ó una esperanza de que no sea ella el objeto; y si os oponéis á mis deseos, será lo mismo que arrancarme la felicidad de las manos para hacerla pedazos y arrojarlos al viento... Tened mejor opinión de mí, madre mía, y no mireis con indiferencia la felicidad de vuestro hijo, que en tan poco pareceis tener.

— Enrique, por lo mismo que sé lo que vale un corazón apasionado y leal, quisiera evitarle un golpe cruel; pero me parece que hemos hablado bastante, y aun demasiado, sobre este punto por ahora.

— Que decida Rosa en todo, interrumpió Enrique; no creo que vuestra opinión os llevará hasta el punto de ponerme obstáculos cerca de ella.

— No, dijo la señora Maylie; pero deseo que reflexionéis.

— Ya lo he reflexionado todo, contestó Enrique con viveza, y hace ya años que no hago más que reflexionar desde que tengo uso de razón. Mis ideas son inflexibles y lo serán siempre; ¿á qué diferir entonces la declaración con nuevos retrasos que me hacen padecer y no pueden servir de nada? ¡No! antes de mi marcha es preciso que me entienda con Rosa.

— Ella os oirá, dijo la señora Maylie.

— Hay en el tono con que me decís eso, madre mía, cierta cosa que parece indicar que me escuchará con frialdad, dijo el joven con aire inquieto.

— No, nada de eso, contestó la anciana.

— ¡Cómo! exclamó Enrique; ¿tendrá acaso otra inclinación?

— No, ciertamente, repuso la anciana, pues ella os profesa, si no me engaño, mucho afecto. Hé aquí lo que quería decir, continuó la señora Maylie deteniendo á su hijo, que iba á contestar. Antes de entregaros por completo á esa idea; antes de dejaros llevar sin reserva por una esperanza, reflexionad por instantes, querido hijo, en el honor de Rosa, y juzgad qué influencia puede ejercer en su decisión el conocer su nacimiento misterioso, sobre todo habiéndose consagrado á nosotros con todo el ardor de su noble alma, y con ese espíritu de abnegación completa, que ha sido en todas circunstancias el fondo mismo de su carácter.

— ¿Qué queréis decir con eso?

— Os dejo el trabajo de adivinarlo, contestó la anciana; ahora voy á ver á Rosa. ¡Que Dios os proteja!

— ¿Os verá esta noche? dijo el joven.

— Unos instantes; cuando pueda dejar á Rosa.

— Decidle que estoy aquí, dijo Enrique.

— Ciertamente, contestó la anciana.

— Y decidle también cuánta es mi angustia, cuánto he sufrido, y lo mucho que deseo verla... ¿No me rehusaréis esto, madre mía?

— No, todo lo sabrá.

Y estrechando afectuosamente la mano de su hijo, la anciana salió apresurada.

El doctor y Oliverio habían permanecido al otro extremo del cuarto durante esta rápida conversación. El primero dió entonces la mano á Enrique Maylie, cambiando los más corteses saludos, después de lo cual, para contestar á las multiplicadas preguntas de su joven amigo, el doctor entró en detalles precisos sobre la situación de la enferma, confirmando las buenas noticias anunciadas por Oliverio, y que Giles, fingiendo arreglar los equipajes, escuchó con la mayor atención.

— ¿Habeis disparado algun buen tiro, Giles? preguntó el doctor cuando hubo concluido.

— No, señor, contestó Giles, ruborizándose hasta las orejas.

— ¿No habeis cogido ningun ladrón, ni probado la identidad de algun bandido? replicó maliciosamente el doctor.

— No, señor, contestó Giles con gravedad.

— Tanto peor, dijo Losborne, porque lo haceis á las mil maravillas. ¿Cómo está Britles?

— Muy bien, señor, dijo Giles volviendo á su tono habitual de protección; y me ha dado para vos sus más respetuosas expresiones.

— Bueno, repuso el doctor; vuestra presencia me hace recordar, señor Giles, que la víspera del día en que fuí llamado aquí tan bruscamente, cumplí, á petición de vuestra señora, un encargo que no os desagradará. Venid, y os diré dos palabras.

Giles siguió al doctor al extremo de la habitación, con aire de importancia pero un poco admirado, y tuvo el honor de conversar con él un rato en voz baja, después de lo cual hizo los más profundos saludos, retirándose con aire majestuoso.

El asunto de aquella entrevista no se divulgó en el salón, pero se supo en la cocina al instante. El buen Giles fué á ella directamente, y mandando que le sirviesen cerveza, anunció con aire enfático que la señora, teniendo en cuenta su valerosa conducta cuando la tentativa de fractura, se había dignado imponer para él 25 libras esterlinas en la caja de ahorros.

Los criados elevaron las manos y los ojos al cielo, diciendo que el señor Giles iba á estar muy orgulloso; pero este contestó que no esperasen tal cosa, y que por el contrario, estimaría que cuando se mostrara altanero con sus inferiores, se lo advirtiesen así. Después de esto, el buen Giles hizo muchas observaciones no menos honoríficas para sus sentimientos de humildad, que fueron recibidas con aplauso y entusiasmo, pues eran tan originales é interesantes como todas las observaciones

que suelen hacerse en la vida de los grandes hombres.

El resto de la tarde se pasó alegremente en casa de la señora Maylie, pues el doctor estaba de broma, y aunque Enrique se hallase inquieto y fatigado, no pudo resistir al buen humor del digno Losborne, que dió mil chistes salpicados con algunas aventuras de su juventud.

Oliverio oyó cosas tan raras, que no pudo contener la risa, con gran satisfacción del doctor, que reía él mismo á carcajadas, las cuales acabaron por contagiarse á Enrique Maylie, quien se dejó llevar también de la risa.

Pasóse pues el tiempo tan alegremente como era posible en aquellas circunstancias, y era ya muy tarde cuando todos se separaron para entregarse al reposo, del que tenían mucha necesidad después de las angustias y cruel incertidumbre que experimentarían poco antes.

Al día siguiente por la mañana, levantóse Oliverio muy contento, y concluyó sus acostumbradas ocupaciones con una satisfacción y un placer que no había sentido en muchos días. Los pájaros seguían cantando en sus nidos, y las más hermosas flores del campo, recogidas por manos de Oliverio, compusieron un nuevo ramo cuyo brillo y perfume debían encantar á Rosa.

La tristeza de los días anteriores desapareció como por encanto. Parecióle á Oliverio que el rocío brillaba más que otras veces, que el viento agitaba las hojas con una armonía más dulce, y que el color del cielo era más puro. Tal es la influencia que ejercen los pensamientos que nos ocupan sobre el aspecto del mundo exterior.

Los hombres que al contemplar la naturaleza y sus semejantes exclaman que solo hay tinieblas y tristeza, no se equivocan del todo; pero ese sombrío colorido con que revisten los objetos, no es más que el reflejo de sus ojos y de sus corazones, falseados igualmente por la melancolía que altera sus colores naturales: las verdaderas tintas son muy delicadas, y solo pueden apreciarse por un espíritu sereno.

Debe advertirse que los paseos matinales de Oliverio no fueron ya solitarios. Enrique Maylie, desde el primer día en que vió al chico entrar en la casa con un gran ramo, se apasionó de tal modo por las flores y las dispuso con tanto gusto, que dejó muy atrás á su joven compañero.

Pero si en este punto no merecía Oliverio sino el segundo lugar, en cambio, él sabía mejor dónde encontrar las flores, y todas las mañanas recorrían ambos jóvenes los campos, recogiendo las más hermosas. En la ventana del cuarto de la enferma, constantemente abierta para que se renovase el aire, y pudiera aquella aspirar el puro ambiente, veíase siempre en un vaso lleno de agua un ramo particular cuyas flores se mudaban todas las mañanas. Oliverio no pudo menos de observar que nunca se arrojaban las flores marchitas, después de haber sido reemplazadas por otras frescas, y que cada vez que el doctor iba al jardín, dirigía invariablemente la vista hácia el vaso de flores, antes de comenzar su paseo matutino, acabando por sacudir la cabeza con aire expresivo. En medio de estas observaciones, deslizábase el tiempo, y Rosa mejoraba con rapidez.

Aun cuando no se daban todavía paseos por la tarde por no hallarse Rosa en estado de salir de su cuarto, no se le hacia á Oliverio el tiempo largo, y aprovechábase con el mayor celo de las lecciones del anciano que le instruía. Trabajaba tanto, que él mismo se sorprendía de sus rápidos progresos; pero en medio de sus tareas aconteció un incidente imprevisto que le aterró.

La pequeña habitación donde tenía costumbre de estudiar, daba á un parterre situado detrás de la casa. Era un cuartito con una ventana con persianas, al rededor de la cual crecían el jazmin y la enredadera, exhalando su dulce perfume. Dicha ventana tenía vistas á un jardín que comunicaba por medio de una escalera con otro cuartito.

Más allá, veíase una magnífica pradera, después un bosque, y no habiendo más casas por aquel lado, perdíase la vista en el horizonte.

En una hermosa tarde, en el momento que las primeras sombras del crepúsculo comenzaban á cubrir la tierra, hallábase Oliverio sentado junto á la ventana de que hemos hecho mención. Abismado en sus estudios, inclinóse sobre su libro, y como el día había sido muy caluroso, se quedó poco á poco como aletargado.

Hay cierto sueño que se apodera á veces de nosotros sin sentirlo, y durante el cual, aunque nuestro cuerpo esté inerte, no pierde nuestra alma el sentimiento de los objetos que la rodean, conservando la facultad de viajar por donde le place.

Si puede darse el nombre de sueño á esta pesadez que agobia, á esta prostración de fuerzas, á esa incapacidad en que nos vemos de dirigir nuestras ideas y movimientos, diremos que es un sueño en realidad.

Sin embargo, tenemos entonces la conciencia de lo que pasa á nuestro alrededor, y aun cuando soñamos, palabras realmente pronunciadas, ruidos verdaderos, que se dejan oír á nuestro lado, vienen á mezclarse en nuestras visiones con una oportunidad asombrosa; y lo real y lo ficticio se confunden tan bien, que nos es casi imposible distinguir lo uno de lo otro.

Pero no es este el más admirable fenómeno de ese momentáneo sopor. Es indudable que si bien los sentidos de la vista y del tacto se hallan entonces paralizados, nuestros sueños y las extrañas escenas que se ofrecen á nuestra imaginación, experimentan la influencia material de la presencia silenciosa de cualquier objeto exterior, que no estaba á nuestro lado en el momento de cerrar los ojos, y que estábamos muy ajenos de creer que estuviese cerca antes de dormirnos.

Oliverio sabía perfectamente que se hallaba en su cuartito, que sus libros estaban colocados sobre la mesa, que el aire de la tarde soplaba dulcemente agitando las flores de su ventana, y sin embargo, estaba adormecido.

De repente la escena cambia; cree respirar una atmósfera densa y viciada; siéntese con terror encerrado de nuevo en la casa del judío; ve al espantoso viejo sentado en el lugar de costumbre, señalándole con el dedo y hablando en voz baja con otro individuo que se halla á su lado y vuelve la espalda al chico.

Cree oír al judío decir estas palabras:

— ¡Chut, chut! amigo mio; él es, no hay duda alguna: vámonos.

— ¡El! contesta el otro; ¿podría yo acaso equivocarme con otro? Aunque mil diablos tomasen su figura y él se hallase entre ellos, le reconocería al instante. Si le enterraran á cincuenta piés bajo tierra, sin ninguna señal en su tumba, me atrevería á decir: aquí está enterrado. Estad seguro que no me engañaría.

Las palabras de aquel hombre respiraban tan terrible odio, que el temor, despertando á Oliverio, le hizo levantarse sobresaltado.

¡Cielos! ¿cómo refluó la sangre á su corazón, dejándole sin voz ni movimiento!... Allí, allí, en la ventana, tan cerca de él que casi hubiera podido tocarle, estaba el judío, explorando la habitación con su mirada de serpiente y fascinando al chico. A su lado, pálido de cólera ó de temor, hallábase el extranjero de rostro amenazador con quien tropezó en la posada.

No los vió más que por espacio de un instante, rápido como el pensamiento, fugaz como el relámpago; pero le habían reconocido. Oliverio los conoció también, pues sus fisonomías se habían grabado tan profundamente en su memoria, como si desde niño se las hubiesen mostrado esculpidas en mármol. Quedóse un momento inmóvil, y saltando después al jardín, comenzó á gritar con todas sus fuerzas: ¡Socorro, socorro!

XXXV.

Cuando las gentes de la casa, atraídas por los gritos de Oliverio, acudieron al jardín, encontraron al chico pálido y trastornado, señalando con el dedo las praderas situadas detrás de la casa, y pudiendo apenas articular estas palabras: ¡El judío, el judío!

Giles no comprendió lo que aquel grito significaba; pero Enrique Maylie, que era más listo, y había sabido por su madre la historia de Oliverio, comprendió al momento lo que quería decir.

— ¿Qué dirección ha tomado? preguntó armándose de un garrote que encontró en un rincón.

— Aquella, contestó Oliverio, señalando con el dedo el camino que tomaron los dos hombres; acabo de perderlos de vista en este momento.

— Entonces están en el foso, dijo Enrique; seguidme, y no os separeis de mí.

Así diciendo, dobló el vallado y echó á correr con tal rapidez, que apenas pudieron seguirle los demás.

Giles y Oliverio le iban á los alcances, y al cabo de diez minutos, el buen doctor, que volvía de dar su paseo, saltando también el vallado, desplegó una agilidad de que no se le hubiera creído capaz, y echó á correr en la misma dirección, gritando á voz en cuello para preguntar qué ocurría.

Siguieron pues todos su rápida carrera sin detenerse un instante para tomar aliento, hasta que, habiendo llegado Enrique á un ángulo del campo indicado por Oliverio, comenzó á registrar cuidadosamente el foso y el cercado vecino, lo cual dió á los demás tiempo para reunirse, permitiendo á Oliverio referir al doctor las circunstancias que habían motivado aquella encarnizada persecución.

Todas las pesquisas fueron inútiles, y ni aun se encontraron las huellas de los fugitivos. Hallábanse entonces en la cumbre de una colina, desde donde se dominaba la llanura en todos sentidos á tres ó cuatro millas á la redonda.

Veíase á la izquierda el pueblo, en un barranco; pero para llegar á él, siguiendo la dirección indicada por Oliverio, los dos hombres tenían que pasar por un llano, al cual no podían haber llegado en tan poco tiempo. Por el otro lado, bordeaba la pradera un espeso bosque; pero no era posible se hallasen en él por la misma razón.

— Es preciso que lo hayais soñado, Oliverio, dijo Enrique Maylie llamándole aparte.

— ¡Oh! no, señor, contestó Oliverio, estremeciéndose al recordar el aspecto del viejo judío; lo he visto demasiado bien para ponerlo en duda; los he visto á los dos tan claramente como os estoy viendo á vos en este momento.

— ¿Quién era el otro? preguntaron á la vez Enrique y el doctor.

— El mismo hombre que me interpeló tan bruscamente en la posada, replicó Oliverio; nos miramos fijamente, y juraría que era él.

— ¿Y han tomado ese camino? preguntó Enrique; ¿estais completamente seguro?

— Sí, como lo estoy de que se hallaban en la ventana, contestó Oliverio, señalando el vallado que separaba el jardín de la pradera; el mas alto saltó por ese mismo sitio, y el judío dió algunos pasos corriendo, deslizándose después por aquella abertura.

El doctor y Enrique, después de examinar la expresión de franqueza que revelaba el rostro de Oliverio,

cambiaron una mirada y parecieron satisfechos de la precision de los detalles.

Sin embargo, en ninguna parte se encontró la mas leve huella de los fugitivos. La yerba, muy crecida, estaba intacta, en la orilla del foso no habia señal alguna, y en ninguna parte se halló el menor indicio que pudiese revelar que un pié humano hubiera sentido su planta por aquellos sitios en muchas horas.

— ¡Hé aquí una cosa extraña! dijo Enrique.

— Extraña en verdad, repitió el doctor; Blathers y Duff en persona hubieran perdido la pista.

A pesar del resultado infructuoso de sus pesquisas, continuáronse estas hasta que la noche hizo inútil todo esfuerzo, y aun entonces se dejaron con sentimiento. Giles fué enviado á diversas tabernas del pueblo, provisto de todos los detalles que pudo dar Oliverio sobre el exterior y traje de los desconocidos.

Al juicio, sobre todo, era muy fácil que se le encontrase bebiendo ó merodeando; pero Giles volvió sin obtener ningun dato que pudiese disipar ó esclarecer el misterio.

Al dia siguiente, nuevas pesquisas, nuevos informes; pero sin ningun éxito. Al otro dia, Oliverio y Enrique fueron al mercado del pueblo vecino, con la esperanza de averiguar alguna cosa con respecto á los dos individuos, mas este paso fué igualmente infructuoso.

Al cabo de algunos dias empezó á olvidarse el asunto, como sucede generalmente cuando la curiosidad no se alimenta con ningun nuevo incidente, y bien pronto nadie volvió á hablar de ello.

Entre tanto restableciase Rosa con rapidez; ya habia dejado su cuarto, podia salir, y al compartir de nuevo la vida de familia, sembraba la alegría en todos los corazones.

Pero aunque este feliz cambio ejerciese una influencia visible en el pequeño círculo, y por mas que las conversaciones alegres y las risas se dejasen de nuevo oír en la casa, notábase en algunos, aun en la misma Rosa, cierta reserva particular, que no escapó á la penetracion de Oliverio.

La señora Maylie y su hijo permanecian con frecuencia encerrados durante horas enteras, y mas de una vez pudo notarse que Rosa habia llorado. Cuando el doctor fijó el dia de su marcha para Chertsey, aumentaron aquellos síntomas, y fué evidente que ocurría alguna cosa que turbaba la tranquilidad de Rosa y de alguna otra persona.

Por fin, una mañana que se hallaba Rosa sola en el comedor, entró Enrique Maylie, y no sin alguna vacilacion, pidió permiso para hablarla un momento.

— Solo necesito hablaros dos palabras, dijo el jóven aproximando su silla, y ya sabéis lo que tengo que decir. No os son desconocidas las esperanzas de mi razon, aun cuando no las haya expresado todavía.

Rosa se habia puesto muy pálida al verle entrar, pero aquello podia ser efecto de su reciente enfermedad. Contentóse con saludarle, é inclinándose hácia sus flores, aguardó en silencio á que continuase.

— Yo creo... dijo Enrique, que... ya debia haberme marchado.

— Sí, contestó Rosa; dispensadme que os hable así; pero quisiera que ya os hubiéseis marchado.

— Me ha traído aquí el mas doloroso de todos los temores, dijo Enrique. Era la única persona...

Rosa, mi querida Rosa, hace años, muchos años que os amo, y espero conquistar honores para volver orgulloso á vuestro lado á deciros que no los he buscado sino para compartirlos con vos. Preguntábame yo en mis sueños cómo os recordaria en este feliz momento las mil pruebas de fidelidad que os he dado desde la infancia, para reclamar en seguida vuestra mano, en cumplimiento de los mutuos convenios concertados entre nosotros hace mucho tiempo. El momento no ha llegado aun; pero sin conquistar honores, sin haber realizado todavía los sueños ambiciosos de mi juventud, vengo á ofrecer os el corazón que os pertenece desde hace tanto tiempo, y á poner mi suerte en vuestras manos.

— Vuestra conducta ha sido siempre noble y generosa, contestó la jóven dominando su emocion, y como sabéis muy bien que no soy insensible ni ingrata, escuchad mi respuesta.

— Que trate de mereceros; esa es vuestra respuesta, ¿no es verdad, querida Rosa?

— Es preciso que trateis de olvidarme, contestó Rosa; no como vuestra fiel amiga, porque eso me haria sufrir mucho, sino como objeto de vuestro amor. Ved el mundo, considerad cuántos corazones encerrará dignos de vos; cambiad solamente la naturaleza de vuestro afecto, y seré la mas sincera, la mas constante y la mas fiel de vuestras amigas.

Hubo un momento de silencio durante el cual, Rosa, que tenia medio oculto el semblante con una mano, dió libre curso á sus lágrimas; Enrique estrechaba la otra mano.

— ¿Y vuestras razones, Rosa? preguntó al fin el jóven en voz baja; ¿podré preguntar cuáles son vuestras razones para tomar semejante partido?

— Teneis el derecho de conocerlas, contestó Rosa, pero nada podeis decir que altere ni varíe mi resolucion. Es un deber que necesito cumplir; se lo debo á otros y á mí misma.

— ¿A vos misma?

— Sí, Enrique; yo, sin fortuna y sin amigos, con una mancha en mi nombre, no debo dejar al mundo creer que me he aprovechado bajamente de vuestro primer impulso, para destruir con mi enlace las elevadas esperanzas de vuestro porvenir. Por vos y por vuestra familia, á quien tanto debo, me opondré á que en el impulso de vuestra generosidad os creéis un obstáculo que cortaria vuestra carrera en el mundo.

— Si vuestras inclinaciones están de acuerdo con lo que llamais vuestro deber... comenzó Enrique.

— No lo están, contestó Rosa ruborizándose.

— ¿Entonces participais de mi amor? dijo Enrique. Decídmelo así, Rosa; una sola palabra para dulcificar la amargura de este cruel desengaño.

— Si hubiera podido hacerlo sin enojar al que amaba, acaso...

— Hubiérais recibido esta declaracion de otra manera, dijo Enrique con viveza; no me lo oculteis al menos, Rosa.

— Quizás, repuso Rosa. Pero, veamos... preñiendo su mano...

y tranquila y no en medio de las pompas y vanidades del mundo, no me condenaria á esta prueba. Tengo motivos para ser ahora feliz, muy feliz, Enrique; pero entonces, confieso que hubiera sido mucho mas feliz aun.

Los recuerdos, las esperanzas de otras veces, que habia acariciado por tanto tiempo, se agolparon á la mente de Rosa, y rompió á llorar, como sucede siempre que vemos desvanecida una esperanza querida.

— No puedo triunfar de esta debilidad, que me afirma cada vez mas en mi resolucion, continuó Rosa ofreciendo á Enrique su mano. Ahora es preciso separarnos decididamente.

— Os pido una promesa, dijo Enrique. Dentro de un año, ó quizás mucho antes, dejadme hablaros una sola vez mas sobre este punto. Os aseguro que será la última.

— No insistais para hacerme cambiar de resolucion, contestó Rosa con una melancólica sonrisa. Seria tiempo perdido.

— No, dijo Enrique; ya me lo repetireis entonces de una manera definitiva. Pondré á vuestros piés mi posicion y mi fortuna, y si persistis en vuestra resolucion no trataré de oponerme á ella ni con acciones ni con palabras.

— Bien, repuso Rosa, eso será una dolorosa prueba mas, y aquí trataré de prepararme para sobrellevarla mejor.

Así diciendo, ofrecióle su mano, pero Enrique estrechó á la jóven en sus brazos, é imprimiendo un beso sobre su hermosa frente, salió presuroso de la habitacion.

XXXVI.

— ¿Conque estais decidido á ser mi compañero de viaje? preguntó el doctor al ver entrar en la sala á Enrique Maylie. Ya sé que mudais de parecer á cada momento.

— No me direis eso uno de estos dias, dijo Enrique, que se ruborizó sin razon aparente.

— Confio que no tendré que reprenderos mas sobre ese particular, contestó Losborne; pero confieso que no esperaba que así sucediese. Anteayer mañana, sin ir mas lejos, habiais formado el proyecto de permanecer aquí, para acompañar, como buen hijo, á vuestra madre á los baños de mar. A medio dia me anunciásteis que ibais á honrarme con vuestra compañía hasta Chertsey, siguiendo despues á Lóndres, y por la noche me instais misteriosamente para que me marche antes de levantarse las damas. De aquí resulta que el buen Oliverio se halla clavado en su silla en vez de estar recorriendo las praderas en busca de todas las maravillas botánicas á que rinde asiduo culto. Eso no está bien hecho; ¿no es verdad, Oliverio?

— Hubiera sentido mucho no hallarme aquí en el momento de vuestra partida... dijo el señor Maylie, con-

dirigiendo una ojeada á la ventana saltó al coche.

— ¡En marcha! exclamó; pronto, ¡á escape! necesito eso.

— ¡Hola! replicó el doctor gritando al postillon; yo no tengo empeño en ir á escape, ¿lo oís? Yo no necesito eso.

(Se continuará.)

El doctor Velpeau.

Velpeau es un ejemplo notable de lo que puede hacer una voluntad firme cuando se encuentra reunida con el amor al trabajo y con una alta inteligencia; de la condicion mas humilde, Velpeau se elevó á las mas altas dignidades que puede ambicionar un hombre de ciencia.

Armando Luis María Alfredo Velpeau nació en Brèche, pequeña aldea situada á algunas leguas de Tours, el 18 de mayo de 1795. Su padre era un modesto y pobre herrador. De una constitucion débil y delicada, el martillo del herrero era muy pesado para las manos de Velpeau; mas en los campos no puede haber fuerzas improductivas por mínimas que sean; cada cual debe ganar su pan de munición, y aquel que posteriormente tuvo durante tantos años el cetro de la cirugía francesa, se ocupó en cuidar los ganados de un rico Labrador de las cercanías de Brèche.

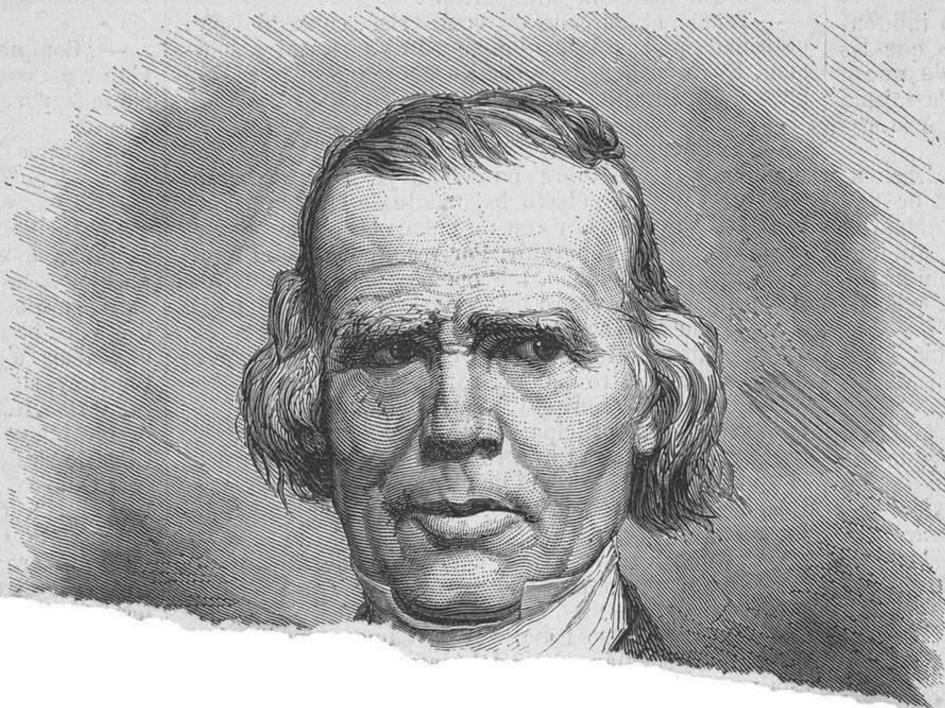
Hasta la edad de quince años llevó Velpeau esa vida de privaciones continua, monótona, que ciertamente habria sido la de toda su existencia, si una feliz circunstancia no le hubiese permitido aprender á leer y á escribir.

El honrado Labrador de cuyos ganados cuidaba, habia tenido muchos hijos, con los que jugaba á menudo el jóven Alfredo. El maestro de escuela de una aldea iba todos los dias á darles lecciones, y Velpeau pudo asistir á ellas. El digno cura párroco del pueblo añadió despues á estos primeros elementos algunas nociones de gramática y de latinidad.

Un dia Velpeau encontró en casa de su padre un libro viejo cuyo título hemos olvidado, y que encerraba una coleccion de recetas y fórmulas farmacéuticas, con los casos en que podian ser aplicadas. Velpeau se aprendió de memoria este libro, y tomó mas preci-



M. Grigny, arquitecto francés (Véase el artículo en la página 195).



no comerá otra cosa que pan de munición. Y no obstante, estas necesidades de la vida material no fueron los únicos obstáculos que tuvo que vencer Velpeau; sino lo que es peor, tuvo que luchar contra las dificultades de una educación primera muy escasa, cuando llegó el caso de medirse con rivales que todos le llevaban la ventaja de una instrucción sólida y de una condicion de fortuna mas ó menos brillante.

Empero Velpeau no se desanima, no abandona nunca el anfiteatro, y por fin llega un dia en que le nombran, por oposicion, ayudante de anatomía. La posicion no era una cosa extraordinaria, y sin embargo, grande fué su alegría: habia llegado al término de la primera etapa, y ya contaba, con fundamento, que no se detendria en el camino. Velpeau logra reclutar algunos alumnos á quienes da lecciones de anatomía, y en el año siguiente (1823), puede alcanzar el diploma de doctor en medicina. Nombrado sucesivamente jefe de clínica, cirujano de los hospitales, en San Antonio y en la Pitié, Velpeau, desprovisto de todo recurso extraño á su propio mérito, se vió amenazado con una detencion en su brillante carrera; mas por fortuna para él estalla la revolucion de 1830, tienen que alejarse de la Facultad todas aquellas medianías que la habian invadido, y se restablecen los concursos para los puestos de profesor.

Al cabo de una série de oposiciones que llenaron de asombro á sus jueces y aun á sus mismos rivales, despues de haber disputado á Berard la cátedra de fisiología, á Gerdy y á M. Cloquet las de patología quirúrgica, conquistó en 1835, contra M. Lisfranc y M. Sanson, la de clínica quirúrgica.

Desde aquella época acudieron á él todas las dignidades sin que solicitara ninguna: miembro de la Academia de medicina, fué llamado al Instituto al sillón que tanto tiempo y tan dignamente habia ocupado Larrey; comendador de la Legión de Honor y de no sé cuántas órdenes extranjeras, cirujano consultivo del emperador, nada faltaba á la gloria de Velpeau cuando la muerte vino á sorprenderle.

Velpeau ha escrito mucho, y hasta su último dia ha trabajado por añadir aun algunas páginas á esas obras, entre las cuales hay muchas que subsistirán como uno de los mas bellos monumentos elevados á la ciencia. Supérfluo seria enumerarlas aquí; todos los médicos las conocen, y para los que son extraños al arte de curar, esta enumeracion seria enojosa. Las cualidades que distinguen principalmente á las últimas obras de Velpeau, son, despues de un estilo claro, sobrio y preciso, un saber profundo, siempre razonada, y una notación clara y sencilla.